



**Universidad de la República**  
**Facultad de Ciencias Sociales**

**Licenciatura en Ciencia Política**

Una mirada al proceso político boliviano  
desde las perspectivas del populismo

Abril, 2012

**Gonzalo Garat**  
Tutor: Daniel Chasquetti

## **Índice**

Capítulo I: Introducción.....	2
Capítulo II: Populismo	
II.1 Populismo: algunas consideraciones en torno al concepto.....	6
II.2 Principales corrientes interpretativas.....	7
II.2.1 Interpretación sociológica: el populismo definido a partir del proceso de modernización.....	8
II.2.2 Interpretación ideológico-discursiva: el populismo definido a partir de una estrategia discursiva.....	13
II.2.3 Interpretación económica: el populismo definido a partir de la política económica.....	17
II.2.4 Interpretación política: el populismo entendido como una forma particular de relación entre un líder y sus seguidores.....	20
Capítulo III: Caracterización del proceso político boliviano: desde el apogeo de la “democracia pactada” hasta el primer período de gobierno del MAS.....	24
III.1 La “democracia pactada”.....	24
III.2 Crisis del sistema político.....	26
III.3 El escenario político tras la renuncia de Sánchez de Lozada.....	29
III.4 Elecciones de 2005: la victoria del MAS.....	31
Capítulo IV: Una mirada al liderazgo de Evo Morales y el gobierno del MAS desde las diversas interpretaciones del populismo.....	35
IV.1 Mirada desde la interpretación económica.....	35
IV.2 Mirada desde la interpretación política.....	38
IV.3 Mirada desde la interpretación estructural-funcionalista.....	40
IV.4 Mirada desde la interpretación ideológica-discursiva.....	45
Capítulo V: Conclusiones.....	49

## **Capítulo I: Introducción.**

El proceso político que se vive en Bolivia desde los albores del presente siglo es tan interesante como complejo e intrigante. Al respecto han surgido diversos estudios académicos, de los cuales se desprenden pocas certezas y muchas interrogantes. En relación a las primeras, puede decirse que existe un amplio consenso académico en torno a definir la elección de Evo Morales como el acontecimiento de mayor trascendencia del proceso de profundos cambios por el cual el sistema político y la sociedad boliviana en su conjunto vienen transitando. Sin embargo, hay varios elementos de divergencia respecto a la interpretación del proceso político en cuestión, uno de los cuales gira en torno al uso del concepto “populismo”, concretamente a la pertinencia o no de asociar el calificativo de populista al liderazgo de Evo Morales y al gobierno que él conduce. En este sentido, hay autores que incluyen a Evo Morales junto a Chávez y Correa en el grupo de los “gobiernos de carácter populista de nuevo cuño” (Lanzaro, 2008: 3), así como otros que niegan la pertinencia de su inclusión en esta categoría, sosteniendo que el presidente boliviano, debido a la relación que tiene con sus seguidores, el modo en que ejercita el poder y el tipo de movilización política que pone en práctica, no debe ser considerado como un caso de liderazgo populista (Freidenberg, 2007)

A partir de la identificación de las enormes complejidades del proceso político en cuestión y de las divergentes miradas académicas al respecto (fundamentalmente en lo que respecta a la pertinencia o no de caracterizarla como una experiencia política de tipo populista), es que me intereso por estudiar la coyuntura política boliviana desde la perspectiva del populismo. Específicamente, la propuesta consiste en realizar un análisis del proceso político desarrollado en Bolivia a partir de la crisis política y económica que afloró durante los primeros años de este siglo, y determinar en qué medida el resultado de este proceso, es decir, el debilitamiento e incluso desaparición de las instituciones que habían conformado hasta entonces la base del escenario político y el exponencial crecimiento de nuevos actores políticos que culminaron en la elección de Evo Morales, puede ser asociado a una experiencia política de tipo populista.

La estrategia metodológica para llevar a cabo dicho propósito consistirá en tres ejes fundamentales que se organizarán en apartados correspondientes. En primer lugar, tras el reconocimiento de la falta de consensos, se efectuará una revisión bibliográfica en busca de la identificación de las diferentes nociones y perspectivas en torno al concepto de populismo. En segundo lugar, se presentará una descripción detallada del proceso político acontecido en Bolivia, en vinculación con su coyuntura económica y social. En tercer lugar, y en base a lo anterior, se analizará el proceso político del país a la luz de las diversas interpretaciones disponibles.

Más específicamente, el primer capítulo de este trabajo consistirá en la presentación de las diferentes miradas en torno a la noción de populismo, basada en la realización de una minuciosa revisión bibliográfica que nos permita desarrollar un mapa sobre el debate teórico en torno a este concepto. Esto es necesario debido a que en el ámbito académico no existen consensos en torno a su definición ni a su utilidad académica, lo que ha dado lugar a una gran diversidad de interpretaciones al respecto. Algunas de éstas difieren entre sí notoriamente, otras son excesivamente abarcadoras, por lo que se ha dificultado la posibilidad de llegar a un acuerdo relativo a su definición, a tal punto que algunos autores han propuesto dar por terminada la discusión y determinar la inutilidad científica del término. En relación a esto, Lanzaro (2008: 16) sostiene, ilustrando las dificultades relativas al carácter polisémico del concepto, que al hacer referencia al populismo “entramos en uno de los pantanos de las ciencias sociales: un terreno polémico como pocos, de complejidades y perplejidades, que resulta resbaladizo y problemático”.

Respecto a la dificultad que representa trabajar con conceptos de estas características, resulta oportuno referirnos a algunas consideraciones propuestas por Sartori (1994). Según el reconocido politólogo italiano, el estiramiento conceptual (*conceptual stretching*) es una de las principales fuentes de error en la aplicación del método comparado en las ciencias sociales. Sostiene, por consiguiente, que la precisión y adecuada delimitación del concepto con el cual se pretende trabajar es un paso indispensable en el propósito de aplicación de este método. A modo de ejemplo, Sartori (1994: 39) hace referencia al concepto de “pluralismo”, estableciendo que “si todas las sociedades son declaradas, en alguna acepción de la palabra, pluralistas,

entonces resulta indemostrable que el pluralismo se relaciones con la democracia”. En este caso sería importante especificar detalladamente qué es lo que entendemos por “pluralismo”, de modo de evitar caer en el estiramiento conceptual del que nos advierte Sartori.

Además de las dificultades ya mencionadas, se agrega la reiterada utilización del concepto “populismo” a modo de calificativo despectivo para hacer referencia a determinados líderes y/o procesos políticos que en general no son del agrado de quien lo utiliza, lo que hace que el concepto esté impregnado de una pesada carga peyorativa, lo que no hace más que alimentar la confusión.

A pesar de los inconvenientes descritos, y más allá de las dificultades que se presentan en el propósito de justificar su utilidad analítica, el populismo parece obstinado en dar lucha y, más allá de sus agoreros, reaparece una y otra vez en diversos análisis políticos de actualidad, lo que hace que resulte inútil e improcedente ignorarlo. Parece no quedar más remedio que reconocer su éxito en su afán de negarse a desaparecer del vocabulario de las ciencias sociales.

Dada la complejidad del concepto y la diversidad de interpretaciones existentes en torno al mismo, la realización de una profunda revisión bibliográfica y la presentación de un mapa relativo al amplio debate teórico que suscita el tema, se convierten en pasos a todas luces indispensables para poder concretar los objetivos de este trabajo. Debido a que estamos frente a un debate que tiene ya varias décadas y en el cual se proponen definiciones e interpretaciones muy variadas, resulta difícil y excesivamente pretencioso de mi parte construir, con fines heurísticos y a los efectos de la comparación, un tipo ideal que contemple y satisfaga la diversidad de miradas. De todas maneras, se pretenderá hacia el final del primer apartado dejar sentado un mapa de las diferentes perspectivas que abordan la temática para, a posteriori, analizar las estrategias políticas y discursivas de Evo Morales, así como las políticas llevadas a cabo desde la titularidad del poder ejecutivo, a partir de lo cual podremos definir en qué medida el tipo de liderazgo y el gobierno que conduce pueden ser considerados populistas según cada una de las corrientes interpretativas.

El siguiente apartado del trabajo consistirá en realizar una periodización y caracterización del escenario político boliviano desde la democratización (1982) hasta nuestros días. Se pondrá especial atención en los primeros años de la pasada década, período en el que el resquebrajamiento del sistema de partidos asumió mayor notoriedad y los movimientos sociales irrumpieron con vehemencia en el sistema político, adquiriendo un protagonismo sin precedentes. Si bien éstos ya tenían cierta importancia desde años anteriores, es a partir de la Guerra del Agua, en el año 2000, que los mismos asumen mayor trascendencia y comienzan a disputarle seriamente a los partidos políticos la capacidad de representación política, lo que se tradujo en una profunda crisis del sistema de partidos. A partir de estos sucesos se configuró en Bolivia un escenario político absolutamente novedoso, en el cual los movimientos sociales y las movilizaciones populares en las calles fueron asumiendo paulatinamente mayor trascendencia. Seguramente el hito de este proceso haya sido la Guerra del Gas, cuya consecuencia política más notoria fue la renuncia de un presidente, lo que puede ser interpretado como el símbolo del final de un modelo político y económico que se había impuesto como el hegemónico desde mediados de la década 1980.

En paralelo al desarrollo de los sucesos aludidos, iba gestándose en el seno de las movilizaciones populares conducidas por los movimientos sociales el liderazgo de Evo Morales, quien si bien ya ocupaba una banca legislativa y tenía cierta notoriedad política, fue a partir del período de apogeo de las luchas populares que se posicionó como un líder de dimensión nacional. La conformación de este liderazgo, sumado al creciente protagonismo de los movimientos sociales y al desprestigio y deslegitimación de los partidos políticos tradicionales, tuvo como resultado un hecho de suma trascendencia en la historia política de Bolivia: en diciembre del año 2005 Evo Morales, candidato presidencial por el MAS, fue electo presidente de la república con el respaldo de una abrumadora mayoría de los ciudadanos.

Una vez desarrollada la discusión teórica en torno al concepto de populismo y realizada una correcta caracterización de la coyuntura política boliviana, estaremos en condiciones de dar paso al análisis propiamente dicho. A partir de esto podremos dar cumplimiento al objetivo planteado, es decir, determinar en qué medida el proyecto político liderado por Evo Morales puede ser calificado de populista según las diversas perspectivas trabajadas.

## **Capítulo II: Populismo.**

### **2.1. Algunas consideraciones en torno al concepto.**

Tal como ya ha sido adelantado, el término “populismo” ha sido utilizado para definir una gran cantidad de regímenes y movimientos políticos surgidos en diferentes países y períodos históricos. Los primeros movimientos políticos en ser considerados populistas fueron los socialistas utópicos rusos de mediados del siglo XIX y los “farmers” del oeste de Estados Unidos. El punto de coincidencia entre estos dos movimientos era su base rural y el contenido anti-elitista de sus propuestas (Mackinnon y Petrone, 1998). Sin embargo, la mayoría de las veces que se utiliza este término es para hacer referencia a fenómenos políticos ocurridos en América Latina, y es éste, justamente, el sentido del término que me interesa trabajar.

Se desprende del párrafo precedente que el populismo, en tanto concepto de uso corriente en las ciencias sociales, está impregnado de un sinnúmero de complejidades. En cuanto a esto, Mackinnon y Petrone (1998:13) afirman que “...es casi un lugar común en la literatura acerca del populismo comenzar señalando la vaguedad e imprecisión del término y la multitud heterogénea de fenómenos que abarca”. Según estos autores, los inconvenientes tienen su origen en tres fuentes. En primer término, señalan que, en tanto concepto, el populismo es una construcción humana, por lo que resulta especialmente importante atender a la relación existente entre el concepto y quienes lo construyen. En el caso del populismo, esta relación es de especial interés dada la compleja relación que frecuentemente ha existido entre la masa (componente central de los movimientos y regímenes caracterizados como populistas) y los sectores intelectuales, que son generalmente los encargados de elaborar estos conceptos. Otra de las causas de la ambigüedad e imprecisión relacionadas al populismo es que difícilmente encontremos algún actor político que se autodefina populista<sup>1</sup>. El populismo no conforma una corriente política e ideológica con la cual un determinado grupo de personas se identifica, por lo que el concepto es definido y aplicado en forma

---

<sup>1</sup>Con la excepción del Partido Roldosista Ecuatoriano (Freidenberg, 2007).

externa al sujeto en cuestión. Finalmente, la tercera fuente de ambigüedad está dada por la diversidad de fenómenos históricos a los que refiere.

Aníbal Viguera (1993:49), en coincidencia con las visiones precedentes, hace mención a las enormes dificultades que se presentan a la hora de “encontrar una reflexión reciente sobre dicho tema que no haga referencia a la diversidad y amplitud de significados que ha adquirido el concepto y a la falta de precisión en su uso que de ello resulta”. El origen de tal imprecisión radica, según este autor, en la diversidad de casos y la variedad de fenómenos (liderazgos, tipos de Estado, movimientos) que se aglutinan bajo el rótulo de “populistas”. Asimismo, el autor considera que la incorporación del término “neopopulismo” al lenguaje académico no hace más que enturbiar la discusión, ya que si aún no se han logrado consensos respecto a la definición del populismo en su versión original, parece difícil que la incorporación de este nuevo concepto resulte de alguna utilidad.

En concordancia con la línea argumental propuesta por los autores anteriormente citados, Aldo Solari (1976) entiende que el populismo, al haber sido utilizado para definir una gran variedad de fenómenos políticos en momentos históricos y coyunturas políticas muy diversas, es un concepto que se ha ido estirando demasiado, al punto que ha perdido precisión, lo que ha conducido a algunos autores a postular la “tesis negativa” del populismo, entendiéndose que no es posible encontrar suficientes elementos comunes para elaborar con concepto científico (Mouzelis, 1985; citado por Lanzaro, 2008). La idea que subyace a esta afirmación, es que no tiene ninguna utilidad analítica un concepto que es capaz de abarcar fenómenos tan diversos como el de los granjeros estadounidenses decimonónicos y los movimientos políticos latinoamericanos de mediados del siglo XX.

## **2.2. Principales corrientes interpretativas.**

La vaguedad e imprecisión del concepto ha dado lugar a la existencia de un elevado número de interpretaciones respecto al populismo, motivo por el cual es muy trabajoso realizar una adecuada clasificación y ordenamiento de las mismas. Sin embargo, abocarnos a estas tareas resulta a todas luces indispensable si pretendemos



dotar de un cierto orden la discusión teórica que nos proponemos realizar, de modo que se ha decidido clasificar las interpretaciones en cuatro grupos en base a las variables que definen el concepto: 1) interpretación sociológica, 2) interpretación ideológico-discursiva, 3) interpretación económica y 4) interpretación política.

### **2.2.1. Interpretación sociológica: el populismo definido a partir del proceso de modernización.**

En primer lugar, haremos mención a la interpretación propuesta por Germani, que se basa en el proceso de modernización y es tributaria del estructural-funcionalismo (Mackinnon y Petrone, 1998). La teoría germaniana, que es pionera en los trabajos respecto al populismo, se sustenta en la idea de que, en el marco del proceso de modernización de las sociedades latinoamericanas, se llega a una situación en la cual la sociedad se encuentra dividida en dos sectores claramente definidos: uno “central”, identificado con los sectores del mundo urbano y moderno, y uno “periférico”, cuyo comportamiento está pautado por patrones tradicionales de conducta. Este último grupo, mientras perduran sus pautas de comportamiento de tipo tradicional, se mantiene políticamente pasivo, no porque sea formalmente excluido, sino por su propia mentalidad. El proceso de modernización da cuenta del período histórico en que este sector, otrora pautado por las normas tradicionales, se activa políticamente, a partir de lo cual comienza a resquebrajarse el orden político preexistente, cimentado en una participación política restringida y pautado por la lógica de la democracia liberal. (Germani, 1968)

Para comprender cabalmente el enfoque de Germani se hace indispensable traer a colación dos conceptos fundamentales en su teoría: “movilización” e “integración”. Por “movilización” el autor comprende “al proceso psicológico a través del cual grupos sumergidos en la ‘pasividad’ correspondiente al patrón normativo tradicional (...) adquieren cierta capacidad de comportamiento deliberativo, alcanzan niveles de aspiración distintos de los fijados por ese patrón preexistente, y consiguientemente, en el campo político, llegan a ejercer actividad”. Por su parte, la “integración” corresponde a un tipo particular de movilización que se caracteriza por darse en el marco de los “canales institucionalizados en virtud del régimen político imperante”,

así como por ser “percibida y experimentada como legítima por los grupos movilizados” (Germani, 1968: 151).

La mención a estos dos conceptos resulta tan importante porque es a partir de un desfase entre el primero y el segundo que se crean las condiciones para el surgimiento de los regímenes populistas<sup>2</sup>. Según Germani, la democracia representativa no se siente afectada en la medida que la movilización se traduzca en integración, que es el modo en que sucedía en la mayoría de los países de Europa y América Latina hasta ese período. Se comprende entonces, que a medida que los grupos de la sociedad que anteriormente estaban políticamente pasivos se iban activando, fueron generándose simultáneamente canales institucionales a través de los cuales los sectores recientemente movilizados canalizaban su participación. El inconveniente surge cuando la “movilización” no es acompañada por la debida “integración”, que fue, según este autor, lo que comenzó a suceder en buena parte de los países latinoamericanos. Esto trajo como consecuencia el surgimiento de regímenes populistas en buena parte de estos países.

Además de las dificultades surgidas por la ausencia de canales institucionales a través de los cuales traducir la “movilización” en “integración”, Germani identifica otros dos elementos que explican las diferencias entre los países “centrales” y los latinoamericanos en la forma en que los sectores sociales antes pasivos se incorporaron a la vida política: por un lado, diferencias culturales y de la estructura social, y por el otro, el contexto histórico. En referencia a este último punto, es importante mencionar que, a diferencia de los países “centrales”, en los cuales el proceso de activación política se dio en un contexto en el cual existía un relativamente amplio consenso en torno a las virtudes de la democracia representativa y de los valores liberales, en los países latinoamericanos ocurrió en una época en que la situación en este sentido era radicalmente diferente. Contrariamente a la época en que se procesó la movilización de estos sectores en Europa, cuando ocurrió en la mayoría de los países de América Latina, las virtudes del liberalismo y la democracia representativa estaban siendo cuestionadas, y afloraban en muchos países europeos regímenes nazi-fascistas y comunistas, es decir, regímenes sustentados en ideologías que negaban los valores liberales y los principios de la democracia representativa.

---

<sup>2</sup> Germani no los denomina populistas, sino “regímenes nacional-populares”.

La combinación de estos factores provocó que los movimientos políticos que surgieron en los países latinoamericanos a partir de la modernización y consecuente activación política de importantes grupos de la sociedad, se caracterizaran por profesar “las llamadas ideologías de la industrialización, cuyas características esenciales parecen ser el autoritarismo, el nacionalismo y una u otra forma de socialismo, colectivismo o capitalismo de Estado” (Germani, 1968: 157). Las bases políticas de dichos movimientos políticos fueron en su mayoría los grupos que se encontraban en estado de “movilización” incipiente y que no encontraban mecanismos institucionales a través de los cuales integrarse y hacer que su participación sea efectiva. Según plantea Germani, estos sectores se encontraron en una “situación anómica”, lo que fue aprovechado por ciertas élites que lograron aglutinarlos en un movimiento que respaldara su proyecto político. En ese contexto, las masas movilizadas sentían que definitivamente se integraban a la vida política nacional y tenían verdadera influencia sobre las decisiones políticas adoptadas por sus líderes en el gobierno. Sin embargo, Germani afirma que esta integración fue más bien ficticia, ya que las élites siguieron ejerciendo sobre las masas un importante grado de manipulación.

Se entiende, por consiguiente, que según el enfoque propuesto por este autor, el populismo es un fenómeno político característico del período de la historia latinoamericana en que se procesó la transición de una “sociedad tradicional” a una “sociedad moderna”. En el marco de este proceso, sectores de la sociedad antes pautados por normas tradicionales de comportamiento se activaron políticamente y comenzaron a participar en la esfera pública, pero sin encontrar los apropiados canales institucionales. A partir de ello, se conformó una masa en situación de “disponibilidad”, es decir, un importante contingente humano en estado de anomia, situación que fue aprovechada por una élite representada por un líder con el que las masas se identificaron y respaldaron. La consecuencia política más relevante de este proceso fue la instauración de gobiernos de carácter autoritario y nacionalista, propensos a instaurar sistemas económicos de tipo estatista. (Germani, 1968).

De estas últimas líneas surge un elemento importante que tiene que ver con la relación del populismo con la democracia: si bien se califica de autoritarios a los regímenes resultantes de los movimientos nacional-populares, no puede ser ignorado el

componente democratizador de los mismos, ya que, como se afirmara con anterioridad, fue durante este período que importantes sectores sociales se integraron a la vida política. Se vislumbra de este modo el carácter ambiguo de la relación entre el populismo y la democracia.<sup>3</sup>

Otro autor a ser considerado dentro de esta línea interpretativa, cuyo aporte ha sido sumamente útil a los efectos de complementar el enfoque germaniano, es Torcuato Di Tella (1970). Si bien propone un análisis similar, en tanto identifica el proceso de modernización como el causante del surgimiento de movimientos y regímenes populistas, este autor pone especial atención a un asunto en el que Germani no fue tan enfático: la presencia de una élite desencantada con el liberalismo y la democracia representativa y dispuesta a liderar la movilización de masas.

Un concepto central en el análisis de Di Tella es el de “la revolución de las aspiraciones”. Esta situación surge como resultado del cambio de mentalidad que procesaron ciertos sectores sociales en el marco de la transición de una sociedad tradicional a una moderna, lo que produjo que las aspiraciones de estos se elevaran a niveles que no pudieron ser satisfechos por las instituciones políticas existentes, lo que generó un desencanto con la democracia, de modo que se formó una “masa disponible” de descontentos. Por su parte, se conformó también en este período un grupo integrado por sectores sociales vinculados a las élites que padecieron lo que el autor ha dado en llamar “incongruencia de status”, es decir, que no son aceptados dentro de su clase, situación a partir de la cual adoptaron un fuerte sentimiento anti status quo. Respecto a esto, Di Tella (1970: 99) afirma que “los grupos incongruentes (...) y las masas movilizadas y disponibles, están hechos los unos para los otros. Sus situaciones sociales son bastante diversas, pero tienen en común un odio y una antipatía por el status quo que experimentan en forma visceral, apasionada”. Se desprende de esta cita, que la masa movilizada y disponible, y los grupos de status incongruente que nos menciona el autor, son los sectores de la sociedad que conforman la “coalición populista”. El populismo se definiría, entonces, como “un movimiento político con fuerte apoyo popular, con la participación de sectores de

---

<sup>33</sup> La discusión en torno a la relación entre populismo y democracia es de gran importancia y pertinencia. Lamentablemente en estas páginas no hay lugar para desarrollarla con la atención que se merece. Para adentrarse en el debate ver Lanzaro (2008) y De la Torre (2009)

clase no obrera con importante influencia en el partido, y sustentador de una ideología anti status quo” (Di Tella, 1970: 104)

Una mirada que también debe ser tenida en cuenta dentro de esta interpretación es la propuesta por Huntington (1968), que, al igual que Germani y Di Tella, se dedicó a estudiar los procesos políticos que surgieron como consecuencia de la modernización. Este autor entiende que la modernización es un proceso multifacético que implica cambios de diversa índole: culturales, sociales, económicos, intelectuales y políticos. Dentro de estos últimos, se destaca como un elemento central, la activación política de sectores sociales anteriormente pasivos. A partir de dicho contexto se genera, según el autor, la posibilidad de que los sectores recientemente activados no sean correctamente integrados por el sistema político, lo que conduciría a una situación de inestabilidad política, que es la verdadera preocupación de Huntington.

Los elementos claves para que la modernización ocurra de forma armoniosa son, según este enfoque, dos: por un lado, la capacidad del sistema político para incorporar a los sectores movilizados y, por el otro, la capacidad de éstos últimos para adaptarse a las condiciones del sistema. Los inconvenientes surgen cuando la expansión de la participación política se da por “fuera de la estructura de las instituciones existentes”. A decir de este autor, cuando la capacidad de las instituciones política para incorporar a los sectores activados es escasa y las ansias de participación son elevadas, quedan establecidas las condiciones para que se desate una revolución. (Huntington, 1968)

Siguiendo lo propuesto por Huntington, los populismos latinoamericanos podrían entenderse como procesos políticos que se desarrollaron en el marco de la transición de sociedades tradicionales a sociedades modernas. Durante este proceso, ni las instituciones políticas estuvieron lo suficientemente capacitadas para incorporar a los sectores recientemente activados, ni éstos último lo suficientemente preparados para adaptarse a esas instituciones. En ese contexto, no habrían estado dadas las condiciones para que el proceso ocurra sin traumas, pero tampoco serían lo suficientemente dramática como para que la incorporación política de los sectores recientemente movilizados se diera en forma revolucionaria. El populismo podría, entonces, ser entendido como una respuesta política alternativa a la revolución para superar las dificultades presentadas por el régimen precedente a la hora de hacer

efectiva la incorporación al sistema político de los sectores recientemente movilizados. El resultado de dicho proceso son sociedades con regímenes políticos que si bien logran incorporar a los nuevos sectores movilizados, (lo que representa una mejora respecto a la situación precedente, caracterizada por la presencia de regímenes democráticos con participación limitada), en realidad no consiguen desarrollar instituciones políticas verdaderamente modernas, lo que lleva a que nos enfrentemos a lo que Huntington llama “sociedades presuntamente inestables”

### **2.2.2. Interpretación ideológico-discursiva: el populismo definido a partir de una estrategia discursiva.**

Otra interpretación a tener en cuenta respecto del populismo es la propuesta por Ernesto Laclau (1986, 2005, 2006). Lo novedoso de esta interpretación es que modifica radicalmente la perspectiva desde la cual se realizaban hasta entonces los análisis respecto a este concepto. A diferencia de las interpretaciones presentadas anteriormente, Laclau descarta cualquier asociación del populismo con un período histórico específico, así como su vinculación a determinado tipo de régimen político. El populismo se define, según este autor, a partir de una dimensión ideológico-discursiva.

Por su parte, también resulta notoria la preocupación de Laclau por dejar en claro que el populismo no se trata de la expresión política de una clase social. Sin embargo, el concepto de clase es importante en el marco de su interpretación, ya que la ideología populista está fuertemente estructurada por las contradicciones de clase. Se comprende, por consiguiente, que el populismo carga con un componente de clase, pero no en su contenido y naturaleza sino en su forma, lo que significa que “el carácter de clase de un discurso ideológico se revela en lo que podríamos denominar su *principio articulador específico*” (Laclau, 1986: 186). Para explicar esta idea, el autor nos brinda un ejemplo sumamente ilustrativo: el nacionalismo. Éste, al igual que el populismo, no es la expresión de una clase social en particular, sin embargo, las distintas clases pueden dotarlo de un significado particular con el propósito de apropiárselo e, inspirándose en él, llevar a cabo su propio proyecto político. Por lo tanto, “las clases sociales existen, a nivel ideológico y político, bajo la forma de la

articulación y no de la reducción” (Laclau, 1986: 187). De este modo, se entiende que un proyecto político clasista sólo es viable en la medida que tenga la capacidad de construir un discurso en el cual se articulen las contradicciones de clase con otras contradicciones existentes a nivel de la sociedad, a partir de lo cual se construye el campo antagónico.

Para que la dicotomización del espacio político se efectúe, resulta necesaria la existencia de una serie de demandas que no estén siendo atendidas por las instituciones democráticas, y que las mismas se reúnan en una “cadena equivalencial de demandas insatisfechas”. Al conjunto de demandas que se unen en esta “cadena equivalencial” el autor las denomina “demandas populares”, en oposición a las “demandas democráticas”, que son aquellas que son individualmente respondidas y absorbidas por el sistema. (Laclau, 2006) La formación de la “cadena equivalencial” requiere que las demandas insatisfechas se agrupen en torno a símbolos comunes con los que se identifiquen todas las “demandas populares” que conforman la mencionada cadena

El surgimiento de líderes que interpelen a los sectores de la sociedad cuyas demandas no son absorbidas por las instituciones democráticas, da lugar a la formación del “pueblo” en tanto actor histórico (Laclau, 2005). El “pueblo” no es, según palabras del autor, “un mero concepto retórico, sino una determinación objetiva, uno de los polos en la contradicción dominante al nivel de una formación social concreta” (Laclau, 1986: 193), convirtiéndose, de este modo, en un sujeto político que es producto de una construcción ideológico-discursiva en la cual se inspira el líder para interpelar a un sector de la sociedad.

A partir de lo expuesto en los párrafos precedentes, vamos adentrándonos en lo que para Laclau (2005) es el “enigma del populismo”, es decir, la posibilidad de que exista un movimiento político con elementos clasistas, pero conformado también por contradicciones sociales de otra naturaleza. De modo que, las contradicciones a nivel de las relaciones de producción (contradicciones de clase) se conjugan con otras contradicciones presentes en la sociedad, a partir de lo que surgen las “interpelaciones popular-democráticas” que, según Laclau, presentadas como “conjunto sintético-antagónico respecto a la ideología dominante” forman la esencia del populismo. El

populismo se entiende entonces, para este autor, como la reducción de la política a un enfrentamiento entre el “pueblo” y el “no pueblo” (oligarquía). En otras palabras: “la simplificación del espacio político”.

Lo anteriormente expuesto no significa, sin embargo, que el populismo sea necesariamente revolucionario, ya que puede ser suficiente que “una clase o fracción de clase requiera para asegurar su hegemonía una transformación sustancial del bloque de poder para que una experiencia populista sea posible” (Laclau, 1986: 202). Se comprende, por lo tanto, que el populismo puede ser tanto de clases dominadas como de clases dominantes. Esto último fue, según el autor, lo que ocurrió en el nazismo: un sector de la clase dominante intentó imponer su hegemonía en el bloque de poder, pero se vio impedido de hacerlo por sí mismo, por lo que recurrió a convocar a las masas y a presentar la disputa política en términos antagónicos. Por su parte, un ejemplo de populismo de la clase dominada fue la revolución liderada por Mao Tse Tung, en la que el discurso clasista se articuló con otras contradicciones presentes en el seno de la sociedad china, formándose así el sujeto “pueblo”, que en el marco de un campo antagónico se enfrentó al bloque de poder.

En relación a la corriente interpretativa recién expuesta, considero oportuno hacer mención al trabajo de Panizza (1990) respecto a la crisis del sistema político uruguayo que desembocó en el golpe de Estado de 1973. Este autor procura aplicar el modelo teórico formulado por Laclau para interpretar ciertas características de los procesos de “formación política uruguayana”, que son definidos por Panizza como “las instituciones constitutivas de su sistema político y las estrategias discursivas que simultáneamente articulan y definen sus límites” (Panizza, 1990: 11). Esta referencia bibliográfica resulta por demás provechosa a los efectos del trabajo que pretendo llevar a cabo, ya que sirve como marco de referencia a la hora de intentar aplicar el modelo laclauniano al análisis del caso boliviano, debido a que representa un antecedente del estudio de un proceso político desde esta perspectiva y reafirma la desvinculación del populismo con un período específico de la historia, diferenciándose así de las interpretaciones de tipo estructural-funcionalistas que fueron presentadas en el anterior apartado de este trabajo.



Panizza hace referencia a las dos formas de producir consensos políticos, que son, por un lado, la formación de sujetos antagónicos (pueblo vs. clases dominantes) y, por el otro, “una formación política en la cual las clases dominantes intentan ejercer una hegemonía cada vez más amplia sobre todos los sujetos sociales. Su éxito supone la no constitución, a nivel político, de sujetos sociales antagónicos” (Panizza, 1990: 13). A partir de esta distinción, el autor da lugar al análisis de tres períodos específicos de la historia de la formación política uruguaya: primer batllismo, neobatllismo y pachequismo.

En relación al primero de los períodos, el autor afirma (Panizza, 1990: 50) que se combinaron elementos de las dos formas de producir consensos: si bien “...interpela a la ciudadanía mediante la articulación de una serie de antagonismos que buscan establecer la identidad política de los sujetos (...), el conjunto de estas oposiciones no termina por articularse en una cadena de equivalencias por la cual la sociedad uruguaya quedaría dividida en dos campos antagónicos”. Esto se explica porque a la vez que se plantea la existencia de un campo antagónico (progresismo vs. conservadurismo o racionalismo vs. supersticiones), persiste la división tradicional del sistema político vernáculo entre blancos y colorados, lo que impide que la división producida por la interpelación en clave populista se profundice.

En referencia al neobatllismo, Panizza sostiene que éste no fue un caso de populismo porque los discursos de Luis Batlle no estuvieron dirigidos a la formación de campos antagónicos sino que, por el contrario, se caracterizaron por su impronta liberal y de continuidad con la matriz política tradicional del Uruguay. El neobatllismo, si bien está asociado a lo popular, no se aboca a la construcción del “pueblo” en tanto sujeto político enfrentado a las clases dominantes.

Finalmente, en lo que refiere al pachequismo, el autor afirma que el discurso del líder fue adoptando tintes populistas a medida que se agravaba la crisis político-institucional que se vivía en Uruguay. De este modo, identifica tres etapas en la evolución del discurso de Pacheco Areco, en las cuales la presencia de elementos populistas fue incrementándose paulatinamente. El período en el que la faceta populista se expresó con mayor nitidez fue durante el tramo final de su mandato, cuando, según se desprende del trabajo de Panizza, se evidencia la construcción de un

campo antagónico, en el que fundamentalmente los Tupamaros, pero también los partidos tradicionales y las organizaciones sociales, se constituyen en “el otro”.

De la lectura de los últimos párrafos se desprende el porqué de la importancia del trabajo de Panizza (1990) como marco de referencia para el estudio que me propongo realizar. Del mismo modo que yo pretendo hacerlo para el caso boliviano, este autor estudió los procesos de “formación política uruguaya” basándose en la interpretación de Laclau respecto del populismo.

### **2.2.3. Interpretación económica: el populismo definido a partir de la política económica.**

En cuanto al tercer conjunto de interpretaciones, propongo realizar una subdivisión: por un lado, un enfoque que define al populismo en clave histórico-estructural, asociándolo “con un estadio del desarrollo del capitalismo latinoamericano” (Mackinnon y Petrone, 1998: 23) y, por otro, un enfoque que lo define a partir de la política macroeconómica.

La primera de las interpretaciones mencionadas está compuesta por explicaciones del populismo basadas en diversas tradiciones teóricas (fundamentalmente el marxismo y la teoría de la dependencia)<sup>4</sup>, que tienen en común el hecho de definirlo a partir de un proyecto socioeconómico. Estos enfoques han sido aplicados fundamentalmente al análisis de movimientos y regímenes políticos surgidos en los países latinoamericanos a partir de la crisis del “Estado oligárquico” y el modelo de “crecimiento hacia afuera” a éste asociado. Los fundamentos de dicho proyecto pueden resumirse en los siguientes puntos: intervención del Estado, apuesta a la industrialización y dinamismo del mercado interno (modelo ISI). La conformación de una alianza entre la clase trabajadora y la burguesía industrial nacional, con el propósito de sustituir a la otrora hegemónica oligarquía exportadora, constituyó la cara política de este proyecto, que se expresó en un “discurso nacionalista, antiimperialista, antioligárquico y desarrollista” (Viguera, 1993).

---

<sup>4</sup> Ver Cardoso y Falleto (1969), Ianni (1984) y O’ Donnell (1972)

Si bien desde esta perspectiva se considera que el populismo no se asocia simplemente a cuestiones de carácter económico sino también a otras de índole social y/o político, se decidió incluirla dentro de las interpretaciones económicas porque tanto desde el marxismo como desde la teoría de la dependencia se considera que los procesos políticos derivan de procesos económicos (De la Torre, 2009). Si bien entre esta interpretación y la sociológica hay diferencias en cuanto a las variables a partir de las cuales se define el populismo, ambas tienen en común el hecho de vincular este fenómeno a un período particular de la historia, lo que hace disminuir su utilidad analítica a la hora de pretender estudiar fenómenos políticos contemporáneos.

Por su parte, en lo relativo a la interpretación basada en la política macroeconómica, encontramos en Dornbusch y Edwards (1991) sus mayores exponentes. Según estos autores, el populismo se define fundamentalmente a partir de las políticas económicas aplicadas por un gobierno, quedando de lado las consideraciones vinculadas al proceso de modernización y a las diversas etapas por la que transitaban los estados latinoamericanos. Desde esta perspectiva se considera que el populismo es un mal endémico que aqueja a las sociedades latinoamericanas que se expresó en diversos períodos de la historia, siendo sus características más distintivas “una fuerte utilización de la expansión fiscal, políticas crediticias y sobrevaluación de la moneda con el fin de acelerar el crecimiento y mejorar la distribución de la riqueza” (Dornbusch y Edwards, 1991: 7).

Para Dornbusch y Edwards el populismo es, por lo tanto, una estrategia política a la cual se recurre con asiduidad en el contexto latinoamericano. Generalmente es producto de un proceso compuesto por diversas etapas. Inicialmente se genera insatisfacción en la población respecto al desempeño de la economía (crecimiento escaso e insuficiencias en la redistribución de la riqueza). Esto se ocasiona por la adopción de un modelo económico que sigue los lineamientos del FMI, lo que, sin embargo, implica llevar a cabo una macroeconomía relativamente ordenada que permite contar con un buen monto de reservas internacionales. El descontento popular da lugar a un mayor protagonismo y respaldo a los actores políticos que promueven proyectos económicos alternativos, basados en el crecimiento acelerado y una mejor distribución de la riqueza (proyecto populista). En determinado momento este proyecto se transforma en hegemónico y las políticas macroeconómicas populistas son

finalmente implementadas. Debido a la buena situación fiscal heredada del modelo precedente, el proyecto populista es en primer término exitoso, pero dicho éxito no suele ser duradero. Las consecuencias del fracaso de estas políticas son, según los autores, el desequilibrio fiscal y un traumático proceso inflacionario, que luego se traduce en crisis política (Dornbusch y Edwards, 1991).

Esta corriente interpretativa posee una serie de inconvenientes que hacen dudar de su utilidad analítica. Lo primero a mencionar en este sentido, es que cuando la aplicamos al estudio de casos concretos nos encontramos que entran en la misma categoría fenómenos que son notoriamente divergentes entre sí. Es así que gobiernos como el de Allende en Chile, el primero de Alan García en Perú, el de Alfonsín en Argentina y el de Getulio Vargas en Brasil, son todos catalogados como populistas. Surge, por consiguiente, la interrogante ya mencionada relativa a la utilidad analítica de esta corriente interpretativa, ya que parecería que más que allanar y aclarar el camino, lo ensombrece y llena de obstáculos.

Un segundo elemento criticable a este enfoque es la fuerte carga ideológica que conlleva. Una mirada atenta a lo escrito por Dornbusch y Edwards (1991) refleja que el concepto de populismo no es utilizado como una herramienta analítica aplicada para estudiar e intentar comprender la naturaleza de fenómenos político que despiertan interés académico, sino como un adjetivo con una fuerte connotación negativa que es utilizado para descalificar a gobiernos que llevan a cabo políticas económicas consideradas equivocadas por estos autores. A este respecto se pronuncia Lanzaro (2008: 16), afirmando que “hay aquí una prédica en favor de la disciplina fiscal y el respeto de las restricciones en economías abiertas (...) que tiene sin dudas buenos asideros (...) pero a la vez hace parte de la campaña ideológica que apuntala el auge neo-liberal”. Esto se evidencia al observar que todos los gobiernos calificados como populistas por estos autores han implementado políticas económicas heterodoxas.

#### **2.2.4. Interpretación política: el populismo entendido como una forma particular de relación entre el líder y sus seguidores.**

La última corriente interpretativa relativa al populismo a la que haremos mención es la que surgió en la década del 90' a raíz del interés de algunos autores (Weyland, 2001; Roberts, 1999) por analizar e interpretar la naturaleza de determinados fenómenos políticos surgidos en América Latina en el correr de esa década. Particularmente, el interés estuvo dirigido a gobiernos y líderes políticos que lograron conjugar recetas económicas neoliberales con una serie de características políticas consideradas típicas de los “populismos clásicos”<sup>5</sup>, lo significó una gran novedad, así como una enorme paradoja. Específicamente, los casos en los que estos autores centraron su atención fueron los gobiernos de Menem en Argentina (1989-1999) y Fujimori en Perú (1990-2000)<sup>6</sup>, y el término que eligieron para definirlos fue “neopopulismo”

En ambos casos se observan diferencias notorias en relación a los llamados “populismos clásicos”, tanto en lo concerniente a la política económica y el modelo de desarrollo que unos y otros impulsaron, como en lo que respecta a la ideología que dio sustento a sus programas de gobierno. En relación a estas diferencias, el elemento que adquiere mayor notoriedad es la implementación por parte de Menem y Fujimori de políticas económicas inspiradas en el Consenso de Washington, es decir, de corte netamente neoliberal, lo que los aleja ostensiblemente del intervencionismo estatal y las políticas redistributivas que promovían los populistas clásicos. A la vista de las profundas diferencias mencionadas, han surgido en el ámbito académico innumerables cuestionamientos respecto a la utilidad analítica del concepto “neopopulismo”. Frente a esto, los autores provenientes de esta corriente interpretativa han respondido que no es la economía, sino la política, la variable clave para definir el populismo, motivo por cual entienden que éste puede convivir con el neoliberalismo de forma absolutamente

---

5

Esta categoría surge de la distinción propuesta por Drake (1982) entre populismo “temprano” (Yrigoyen en Argentina y Alessandri en Chile), “clásico” (Perón, Cárdenas, Haya de la Torre, etc.) y “tardío” (segundo gobierno de Perón y Etcheverría en México)

<sup>6</sup> Si bien estos son, según se desprende de la lectura de los textos de Weyland (2001) y Roberts (1999), los casos paradigmáticos de relación política neopopulista, hay otros partidos y/o líderes que han sido calificados de neopopulistas por algunos autores. En este sentido puede mencionarse a Mayorga (2003), que atribuye rasgos populistas a los liderazgos de Palenque y Max Fernandez, líderes de Condepa y UCS respectivamente, dos partidos que irrumpieron con relativo éxito en el sistema político boliviano a fines de la década de 1980. Asimismo, Dresser (1991) entendía que algunos de los programas sociales focalizados implementados durante el salinismo eran de tipo neopopulista.

armónica. En este sentido, se hace mención a las políticas sociales focalizadas (típicas del modelo neoliberal) como un ejemplo de estrategia exitosa a través de la cual conformar una base política de apoyo al líder y fortalecer la relación directa entre éste y sus seguidores, lo que representa, según estos autores, la relación política típica de las experiencias populistas. Respecto a esto último, Roberts (1999: 383) sostiene que “los ajustes neoliberales pueden facilitar el otorgamiento de beneficios materiales más selectivos y direccionados hacia grupos específicos, beneficios que se pueden utilizar como elementos de construcción de intercambios clientelistas locales”. Se desprende de lo antedicho, que la utilización de programas sociales focalizados dirigidos a sectores de la sociedad en situación de extrema pobreza es un elemento que caracteriza a los gobiernos neopopulistas en su afán de ampliar su base de apoyo, y la relación política que surge como resultado de la aplicación estas políticas, en la que el líder y sus seguidores se vinculan de forma directa, sin intermediación institucional, es, justamente, el elemento distintivo del neopopulismo.

Se comprende, por consiguiente, que desde esta perspectiva el populismo no se define en función de la macroeconomía ni está asociado a un período histórico en particular. Su rasgo distintivo es un tipo particular de relación política entre el líder y sus seguidores, que puede darse en distintas épocas y con independencia de la política económica y la estrategia de desarrollo que se adopte. Concretamente, se considera que los elementos que definen al neopopulismo son: el debilitamiento de los partidos y otros actores de intermediación, la debilidad institucional, la consolidación de una relación directa, sin intermediarios, entre el líder y las masas y, consecuentemente, la presencia de un liderazgo personalista con fuerte apoyo popular. El populismo se define, pues, como “...una estrategia política a través de la cual líderes personalistas desarrollan un poder político basado en el respaldo directo, no institucionalizado y sin mediaciones, de un gran número de seguidores generalmente carentes de organización” (Weyland, 2001: 14).

Tal como se adelantara en los primeros párrafos de este trabajo, la estrategia metodológica del mismo consistirá en realizar un análisis del proceso político boliviano a partir de las diversas interpretaciones del populismo anteriormente presentadas, para de este modo poder determinar en qué medida son identificables en dicho proceso elementos que puedan llevarnos a considerar que estamos frente a un

caso de populismo. Para culminar con este capítulo propongo elaborar un cuadro en el cual se establezcan los fundamentos centrales de los diversos enfoques propuestos, para de este modo tener una referencia a la hora de continuar con las siguientes etapas del trabajo.

<b>Interpretación</b>	<b>Características a partir de las cuales se define el populismo</b>
<b>SOCIOLÓGICA</b>	<p>-Fenómeno asociado al proceso de modernización: activación política de sectores sociales que se encontraban pasivos (“movilización”) y ausencia de canales institucionales a través de los cuales encauzar su participación (“integración”).</p> <p>-Asunción de gobiernos respaldados por movimientos políticos que profesaban “las llamadas ideologías de la industrialización” y cuya base política estaba conformada por sectores recientemente movilizados y en situación de disponibilidad.</p> <p>-Existencia de una élite que padece “incongruencia de status” y que, combinándose con la “masa disponible”, forma la coalición populista.</p> <p>-Conformación de “sociedades presuntamente inestables”.</p>
<b>IDEOLÓGICO-DISCURSIVA</b>	<p>-Formación de una “cadena equivalencial de demandas insatisfechas” que se aglutinan en torno a un símbolo común (“significante vacío”).</p> <p>-Emergencia de un líder.</p> <p>-Conformación del “pueblo” como actor histórico, en tanto expresión política de la “cadena equivalencial de demandas insatisfechas”.</p> <p>-Reducción de la política a un enfrentamiento entre “pueblo” y el “no pueblo”: “reducción del espacio político a un escenario antagónico”.</p>

<p><b>ECONÓMICA</b></p>	<p>-Proyecto socioeconómico característico de un período específico del desarrollo del capitalismo en América Latina: la transición desde el “Estado oligárquico” y el “crecimiento hacia afuera” hacia gobiernos cuyos proyectos socioeconómicos se caracterizaban por la puesta en práctica del modelo ISI.</p> <p>-Irresponsable utilización de la política fiscal, crediticia y monetaria con el fin de acelerar el crecimiento y mejorar la distribución de la riqueza.</p>
<p><b>POLÍTICA</b></p>	<p>-Utilización de programas sociales focalizados en sectores de extrema pobreza para conformar una base de apoyo a un líder.</p> <p>-Relación política directa, sin intermediación institucional, entre el líder y su base de apoyo.</p> <p>-Debilitamiento de los actores tradicionales de mediación y representación institucional.</p>



### **Capítulo III: Caracterización del proceso político boliviano: desde el apogeo de la “democracia pactada” hasta el primer período de gobierno del MAS.**

#### **3.1. La “democracia pactada”.**

Para comprender el arribo de Evo Morales a la presidencia de Bolivia es necesario retrotraerse unos cuantos años y describir las principales características del sistema político boliviano a partir del proceso de redemocratización ocurrido a fines de la década del setenta y principio de la del noventa. Entender el significado de “democracia pactada” es en este sentido ineludible. Este concepto se utiliza para definir la forma a través de la cual los partidos políticos bolivianos (fundamentalmente los tres más importantes: MNR, MIR y ADN) realizaron pactos postelectorales con el propósito de llegar al gobierno y obtener el respaldo de las mayorías parlamentarias necesarias para gobernar. Este mecanismo se sustentó en la existencia de un sistema electoral<sup>7</sup> que establecía que en caso de que en los comicios presidenciales no hubiera un vencedor que obtuviera la mayoría absoluta de los votos, la elección del presidente quedaba en manos del congreso, que debía elegir, también por mayoría absoluta, entre las tres fórmulas más votadas<sup>8</sup>. A través de este mecanismo el parlamento adquirió niveles de incidencia política poco habituales en el marco de regímenes de gobierno presidencialistas, lo que condujo a René Mayorga (2001) a definir el régimen de gobierno boliviano como un “presidencialismo parlamentarizado”.

A la regla constitucional que le otorgaba al congreso la potestad de elegir presidente y vicepresidente cuando ninguna de las fórmulas presidenciales obtenía la mayoría de los votos del electorado, se le sumaron otras normas de carácter electoral tendientes a disminuir el número de partidos, de modo de facilitar la lógica de pactos que caracterizó a este período de la democracia boliviana. El objetivo fue alcanzado, ya que efectivamente el número de partidos con representación parlamentaria disminuyó a partir de la entrada en vigencia de esta reglamentación, asumiendo el sistema de partidos boliviano un carácter “multipartidista moderado” (Mayorga, F., 2007). Uno de los rasgos característicos de este tipo de sistema de partidos, como bien lo recuerda

<sup>7</sup> Art. 90 de la Constitución Política del Estado.

<sup>8</sup> A partir de la implementación de la reforma electoral de 1994 el congreso pasó a elegir, ya no entre las tres, sino entre las dos fórmulas más votadas.

Sartori (2005), es la tendencia centrípeta de la competencia política, lo que conduce a acortar las distancias ideológicas entre los partidos que compiten por el poder, conformándose en cada uno de ellos una orientación hacia el gobierno que los convierte en potenciales integrantes de coaliciones de gobierno.

De lo antedicho se desprende que la democracia pactada dio lugar a una democracia centrada en los partidos y el congreso, debilitando la incidencia de actores políticos otrora protagonistas (el caso paradigmático los representa la Central Obrera Boliviana, COB), consolidándose de este modo el predominio de la lógica de la democracia representativa por sobre la democracia participativa. La consolidación de este esquema político dio lugar a un período de gobernabilidad y estabilidad sin precedentes en la historia política boliviana, lo que provocó un gran interés en el mundo académico. La clave del éxito de este modelo estuvo dada, según René Mayorga (2001: 103), en "...haber establecido mecanismos y vías para resolver algunos de los problemas fundamentales de los regímenes presidencialistas: los impasses entre el poder ejecutivo y el legislativo, el inmovilismo institucional, y particularmente los gobiernos minoritarios". Los gobiernos considerados producto de esta lógica de pactos postelectorales son cinco: Paz Estensoro 1985-1989, Paz Zamora 1989-1993, Sánchez de Lozada 1993-1997, Bazner Suárez-Jorge Quiroga 1997-2002 y Sanchez de Lozada 2002-2003 (Mayorga, F., 2007).

La estabilidad política producida por la adopción de esta modalidad de elección dio el marco propicio para llevar a cabo un importante conjunto de reformas económicas tendientes a reestructurar la relación entre el Estado, la sociedad y mercado. Concretamente, lo que se puso en práctica fue un proyecto de tipo neoliberal, que representa la cara económica del modelo de la democracia pactada, y que consistió fundamentalmente en disminuir el protagonismo del Estado en la economía. Por consiguiente, puede concluirse que la democracia pactada se sustentó en el "predominio de un principio hegemónico (...) conformado por dos polos discursivos que organizaron la política y la economía boliviana desde 1985: la democracia representativa, basada en la centralidad del sistema de partidos sometido a una lógica de pactos; y el neoliberalismo económico, puesto en vigencia con el ajuste estructural para redefinir el rol del Estado" (Mayorga, F., 2007: 77).

### **3.2. Crisis del sistema político.**

Tal como ha sido mencionado en los párrafos precedentes, la democracia pactada fue exitosa en sus propósitos de lograr estabilidad política y llevar a cabo un proceso de reformas económicas. En lo que refiere concretamente al área política, considero importante señalar la gran capacidad que tuvo el sistema político boliviano durante este período para incorporar actores que representaban una potencial amenaza a la estabilidad. En este sentido, Fernando Mayorga (2007: 78) señala que “un aspecto sobresaliente de la capacidad articuladora de la democracia pactada estuvo referido al surgimiento y adaptación institucional del neopopulismo, un fenómeno político que se extendía en la región (...) y era observado como un peligro de desinstitucionalización de la democracia”. Asimismo, es importante mencionar el éxito de los principales actores de esta lógica de pactos en su afán de institucionalizar el orden político imperante, realizando reformas electorales con el propósito de dotar al sistema de partidos de mayores niveles de legitimidad cuando ésta se veía cuestionada. A este respecto, debe mencionarse el reconocimiento del carácter pluriétnico y multicultural de la sociedad boliviana; la modificación respecto de la cantidad de fórmulas presidenciales entre las que podía elegir el parlamento cuando ninguna de estas conseguía alcanzar la mayoría absoluta de los votos; la extensión de cuatro a cinco años de los períodos presidenciales y congresales; la incorporación de elección de diputados uninominales en el ámbito municipal<sup>9</sup>; y la ley de Participación Popular, “...que, al multiplicar los escenarios electorales, provocó la emergencia de fuerzas políticas locales y el empoderamiento de organizaciones sociales que se vincularon a la disputa política” (Mayorga, F., 2007: 88). En este mismo sentido, refiriéndose particularmente al caso de MAS, se pronuncia Rafael Archondo (2007: 88): “un ingrediente importante en el camino electoral del MAS fue la aplicación, a partir de los comicios de 1997, de un nuevo sistema electoral basado en circunscripciones uninominales para definir a la mitad de los legisladores”

Lo curioso de la implementación de este conjunto de reformas es que habiendo surgido desde dentro del sistema político con el propósito de consolidar y dotar de mayores niveles de legitimidad el orden vigente, jugaron, sin pretenderlo, un rol fundamental en la activación política y el aumento del protagonismo de actores que

---

<sup>9</sup> Con la implementación de esta reforma electoral quedó conformado el sistema mixto, que consiste en que la mitad de los legisladores se eligen en circunscripciones uninominales y los otros a nivel nacional con el sistema de representación proporcional.

demandaban mayor espacios de participación política y que tenían miradas sumamente críticas hacia los gobiernos de turno, destacándose en este sentido las críticas hacia los dos principios hegemónicos representados por la democracia pactada: democracia representativa y neoliberalismo económico (Calderón y Gamarra, 2003).

A pesar del éxito obtenido durante un buen período de tiempo y de las reformas implementadas en procura de dotar al sistema de mayores niveles de legitimidad, la democracia pactada comenzó, sobre todo a partir del año 2000, a manifestar evidentes signos de deterioro y debilitamiento. Desde el punto de vista de la representatividad, la tarea de los partidos políticos puede ser considerada deficiente, ya que, como bien señalan Calderón y Gamarra (2003: 98-99) “la gran paradoja de la democracia pactada es que en lugar de consolidar el sistema de partidos, sus prácticas lo llevaron a la crisis actual. Los partidos no se modernizaron (...) ni pudieron establecer y mejorar la calidad de sus vínculos con la sociedad”. Es decir, que una de las tareas fundamentales de los partidos políticos, consistente en actuar como intermediarios entre el Estado y la sociedad, no estaba siendo realizada con eficiencia. El hecho más significativo en este sentido lo representa la creciente ola de protestas que comenzó a desarrollarse en los primeros años del siglo corriente. Lo concreto es que las instituciones políticas tradicionales no fueron capaces de canalizar las demandas de los actores sociales que estaban desconformes con el modelo político y económico que se estaba implementando. Ante este panorama, se optó por la vía de la movilización callejera, inaugurándose lo que Calderón y Szmukler (2000) han dado en llamar “la política en las calles”, en oposición a la política institucional.

La Guerra del Agua<sup>10</sup> puede ser considerada la precursora de la serie de protestas y movilizaciones recién mencionadas. La característica distintiva de estas protestas fue la combinación de prédica antineoliberal y demanda de democracia directa, expresada en la exigencia de la convocatoria a una Asamblea Constituyente. En este contexto fueron adquiriendo cada vez mayor injerencia política actores sociales que tradicionalmente no habían participado con gran notoriedad. La presencia de los

<sup>10</sup> La Guerra del Agua refiere a las protestas desarrolladas en el año 2000 en la ciudad de Cochabamba como respuesta a la privatización del servicio de abastecimiento de agua potable. Los manifestantes consiguieron el objetivo de dejar sin efecto la privatización, pero el costo humano fue alto, ya que numerosos manifestantes fueron heridos y un menor de edad resultó muerto como producto del disparo de un militar.

movimientos sociales y su capacidad organizativa y de movilización son, sin lugar a dudas, rasgos distintivos de este período de la historia política de Bolivia. La otra cara de la moneda fue el debilitamiento de los partidos políticos tradicionales, lo que se expresó en una considerable mengua del caudal de votos acumulado por estos en la elección presidencial de 2002<sup>11</sup> y una notoria mejora en el rendimiento electoral de partidos que habían permanecido excluidos de la lógica de pactos políticos<sup>12</sup>. La alteración producida en la estructura del sistema de partidos se tradujo en la conformación de un gobierno con una exigua mayoría parlamentaria, producto de un acuerdo entre los otrora archirrival MIR y MNR, que colocó en la titularidad del gobierno por segunda vez a Gonzalo Sánchez de Lozada. Esto, sumado a que el gobierno tuvo que enfrentarse a una oposición mucho más vigorosa que la de sus antecesores, dio como resultado un gobierno sumamente débil, cuya gobernabilidad estuvo permanentemente pendiente de un hilo.

En el año 2003 la debilidad del gobierno quedó de manifiesto cuando diferentes organizaciones y movimientos sociales llevaron a cabo un conjunto de protestas que obligaron al presidente a renunciar a su cargo e incluso a abandonar el país, pasando a residir desde entonces en Estados Unidos. Esa serie de protestas que derivó en la renuncia de Sánchez de Lozada fue denominada la Guerra del Gas, debido a que su origen estuvo asociado al rechazo de buena parte de la población hacia la política energética del gobierno. Si la Guerra del Agua es considerado el hito inaugural de este período, la Guerra del Gas debe ser entendida como la máxima expresión del mismo, cuando la “política en las calles” alcanzó su mayor expresión. Fue el momento en que quedó plenamente evidenciada la incapacidad de los partidos políticos de encauzar las demandas de los actores movilizados hacia un marco de institucionalidad, lo que, obviamente, fue capitalizado por los sectores movilizados. En este escenario es que el MAS fue adquiriendo un rol cada vez más protagónico, que dos años más tarde lo llevaría a la elección de Evo Morales como presidente de Bolivia.

### **3.3. El escenario político tras la renuncia de Sánchez de Lozada.**

---

<sup>11</sup>La votación acumulada de MNR, MIR y ADN disminuyó de 57% en las elecciones nacionales de 1997 a 42% en las del año 2002, destacándose en este sentido el magro 3,7% obtenido por ADN.

<sup>12</sup>El desempeño más destacado fue el del MAS, que obtuvo en esta elección casi el 21% de los votos, lo que lo colocó en un inédito segundo lugar, a menos de dos puntos porcentuales del MNR.

La renuncia del presidente fue el símbolo del fin de una época. La democracia pactada, que ya había dado claros signos de debilitamiento, era a partir de entonces parte del pasado. Nadie creía en Bolivia, ni siquiera remotamente, en la posibilidad de poder reeditar las circunstancias que habían permitido combinar estabilidad política y reformas económicas neoliberales durante prácticamente dos décadas. En octubre de 2003 Bolivia se encontraba en una situación de absoluta incertidumbre respecto a su futuro, ya que las circunstancias en la que Sánchez de Lozada abandonó su cargo no aseguraban en absoluto que se produjera una sucesión dentro de los marcos de la legalidad, todo iba a depender de las estrategias que adoptaran los diversos actores involucrados. Lo cierto es que los partidos políticos que habían detentado el poder hasta entonces estaban sumamente debilitados y carecían por completo de representatividad, lo que implicaba que cualquier solución iba a tener que contar con el respaldo de al menos algunos de los sectores cuya movilización provocó la caída del presidente.

Frente a este panorama el MAS jugó un papel por demás trascendente, ya que fue, junto al movimiento cívico cruceño, el actor clave para encauzar la salida a este momento de crisis e incertidumbre por vías constitucionales. Ambos actores optaron por asumir posturas moderadas, frente a otros que optaron con posiciones mucho más radicales, promoviendo en algunos casos la ruptura revolucionaria y en otros la intervención de los militares. La postura asumida por el MAS fue fundamental para que se concretara la sucesión constitucional y dotar de estabilidad al nuevo gobierno (Mayorga, F., 2007).

La titularidad del poder ejecutivo quedó en manos de Carlos Mesa, que había sido electo vicepresidente de Sánchez de Lozada en las elecciones celebradas en 2002. Su gobierno se caracterizó por poner en el tapete de la agenda política los temas que habían dado lugar a los conflictos de octubre y que permanecían aún irresueltos: hidrocarburos y representatividad del sistema político (esta fue la denominada “agenda de octubre”). Si bien entre los actores involucrados en la ola de protestas habían predominado las posturas moderadas, la estabilidad del nuevo gobierno dependía en buena medida del modo en que se iba a afrontar el tratamiento de estos temas.

En lo que respecta a la cuestión de la representatividad, el mecanismo que se adoptó para resolver la crisis de legitimidad de los partidos políticos fue “la incorporación, mediante la reforma parcial de febrero de 2004, de instituciones de democracia participativa en la Constitución Política del Estado, tales como el referéndum, la iniciativa legislativa ciudadana y la asamblea constituyente, que modificaron el proceso decisorio, el procedimiento legislativo y las pautas para la reforma constitucional” (Mayorga, F., 2007: 93). Asimismo, se procesaron algunas modificaciones relativas a reglas electorales a partir de las cuales los partidos políticos perdieron el monopolio de la representación política, incorporándose a la competencia electoral otro tipo de organizaciones, como ser las agrupaciones ciudadanas y los pueblos indígenas. Mediante la implementación de estas reformas se procuraba superar la crisis de legitimidad que padecía del sistema político.

En relación al problema de los hidrocarburos, el gobierno de Mesa decidió convocar a un referéndum vinculante, en el cual el pueblo boliviano tuvo la oportunidad de expresarse en relación a las políticas hidrocarburíferas que pretendía que el gobierno llevara a cabo. La consulta se desagregó en cinco propuestas que recibieron el respaldo de la ciudadanía, a partir de lo cual el gobierno de Mesa redactó un proyecto de ley que establecía, entre otras cosas, el incremento de la participación del Estado en la propiedad de los hidrocarburos y el aumento de impuestos a su producción.

A pesar de haber incorporado la “agenda de octubre” y de contar con amplio respaldo de la ciudadanía, Carlos Mesa no pudo llegar a completar el período de gobierno que había comenzado Sánchez de Lozada en 2003. La carencia de parlamentarios propios y las consecuentes rispideces que se generaron entre el poder ejecutivo y el legislativo, sumado al clima de protestas, que si bien había menguado no había desaparecido, provocó que Mesa tuviera que renunciar, asumiendo la presidencia el entonces presidente de la Suprema Corte de Justicia (Eduardo Rodríguez Veltzé). Si bien la sucesión se había procesado nuevamente por vía constitucional, en esta ocasión no hubo más remedio que convocar a elecciones anticipadas, con el fin de poder resolver la crisis político-institucional en la que se encontraba Bolivia. Las elecciones fueron pautadas para el mes de diciembre de 2005.

### 3.4. Elecciones de 2005: la victoria del MAS.

Tal como se ha venido señalando en las secciones precedentes, el MAS jugó un rol trascendente en la resolución la coyuntura crítica recién descrita. Los hechos más destacables en este sentido fueron, por un lado, la asunción de posturas moderadas en los momentos de mayor conflictividad y, por otro, la capacidad de aglutinar en un mismo proyecto político una amplia gama de demandas políticas que se habían expresado en el marco de las protestas y movilizaciones que caracterizaron el período 2000-2005. La suma de estos dos hechos le permitió al partido de Evo Morales obtener excelentes réditos electorales de la coyuntura crítica que se estaba viviendo.

Para acercarnos a una mejor comprensión del rol desempeñado por el MAS en el período analizado, considero oportuno realizar un breve repaso de su trayectoria. Para dicho propósito resulta ineludible la referencia al estrecho vínculo que une a este partido con el sindicalismo campesino, particularmente con el sindicato de cocaleros de la región del trópico de Cochabamba. Estas organizaciones, muy activas durante la década del 90' en su lucha contra la política de la DEA<sup>13</sup> y los sucesivos gobiernos bolivianos en su afán de disminuir las plantaciones de hoja de coca, entendieron que sus demandas necesitaban expresarse a través de un partido político, y así fue cómo, después de varios avatares vinculados al nombre, en las elecciones municipales de 1999<sup>14</sup> el MAS se presentó por primera vez ante la ciudadanía. Si bien a nivel nacional no puede decirse que el MAS haya tenido una buena elección<sup>15</sup>, su performance en algunos distritos fue más que auspiciosa, lo que le permitió acceder al parlamento con cuatro diputados electos en circunscripciones uninominales (uno de los cuales fue Evo Morales) y controlar así varios municipios en zonas rurales (Mayorga, F., 2007)

En 2002 ocurrió un suceso de gran relevancia en la historia del MAS y de su líder Evo Morales: la embajada norteamericana, alarmada por las crecientes protestas de los

---

<sup>13</sup> La DEA es la agencia estadounidense dedicada a combatir el tráfico y consumo de drogas.

<sup>14</sup> Evo Morales había sido electo diputado en una circunscripción uninominal en las elecciones nacionales de 1997, pero presentándose bajo otra sigla, lo que de todos modos debe ser entendido como un antecedente del nacimiento del MAS. Lo importante es que en esa elección se concretó un viejo anhelo de los sindicatos campesinos: el forjamiento de un "instrumento político" (Archondo, 2007)

<sup>15</sup> A nivel nacional el MAS obtuvo el 3,3% de los votos, ubicándose en el noveno lugar de las preferencias ciudadanas.



sindicatos cocaleros para detener la política de erradicación de las plantaciones de coca, ejerció presiones en el parlamento y logró que se expulsara del mismo a Evo Morales, acusándolo de haber abusado de su inmunidad parlamentaria para incitar acciones violentas. Ese mismo año se celebraron elecciones nacionales y, contra muchos de los pronósticos, el MAS, promoviendo a Evo Morales como candidato a la presidencia de la república, obtuvo el 20,9% de los votos y se posicionó en un inédito segundo lugar, apenas 1,4% por debajo de Sánchez de Lozada del MNR. La elección se dirimió en el parlamento y, como era esperable, Sánchez de Lozada consiguió el respaldo suficiente para convertirse nuevamente en presidente de Bolivia.

A pesar de no haber podido obtener la presidencia en esa ocasión, la elección de 2002 constituye un acontecimiento de enorme relevancia en la historia del MAS, ya que obtuvo una votación que superó ampliamente las expectativas de propios y extraños. Mirado desde la perspectiva del conjunto del sistema político boliviano, “las elecciones nacionales del 30 de junio de 2002 fueron un punto importante de quiebre para el sistema multipartidario en Bolivia” (Calderón y Gamarra, 2003: 92). Asimismo, constituyen el preámbulo del devenir del sistema político y un hecho fundamental para comprenderlo, ya que a partir de esta elección el sistema de partidos se reconfiguró en relación a sus partidos relevantes. Complementariamente, comenzó a percibirse una fuerte polarización entre los partidos predominantes y las fuerzas políticas emergentes, se procesó un notable avance de la representación política debido a la inclusión de sectores indígenas y campesinos al sistema político y, además, hubo una importante distribución territorial del voto (Mayorga, R., 2004).

El mapa político que surge de la elección de 2002 es un dato a tener en cuenta para comprender los roles desempeñados por los diversos actores políticos en la coyuntura crítica que se avecinaba. Al respecto, puede afirmarse que el MAS dejó de ser un actor protagónico únicamente en el campo de las protestas y la movilización callejera. A partir de la configuración de este nuevo escenario, comenzó a desempeñar un papel de suma preponderancia en el campo de la política institucional, asumiendo el rol de principal partido de la oposición. El buen desempeño electoral también puede haber dotado de mayor legitimidad a sus demandas, ya que, a partir de esos resultados, el MAS tuvo la potestad de posicionarse ante el gobierno como un interlocutor válido y legítimo. Por otra parte, el buen desempeño electoral y la proyección del partido del

escenario local al nacional, pueden ser factores que expliquen la opción por la salida constitucional en el momento de mayor conflictividad. Es decir, el MAS tomó una decisión estratégica: previendo que era muy probable que ganara las elecciones que tarde o temprano serían convocadas, optó por asumir posturas moderadas, que luego se tradujeron en un buen desempeño electoral en los comicios de 2005.

En cuanto al rol desempeñado por el MAS en los momentos en los que la crisis política y social se expresó con mayor profundidad y nitidez, puede decirse que si bien el partido de Evo Morales estuvo a la cabeza de las protestas, tuvo la capacidad de adoptar posiciones estratégicas, lo que luego, tal como ha sido mencionado algunos párrafos antes, le fue muy redituable en términos electorales. El momento en que esto se expresó con mayor claridad fue octubre de 2003, luego de la renuncia de Sánchez de Lozada: mientras muchos de los sectores que se habían movilizado y propiciado la renuncia del presidente proponían soluciones de tipo radical, el MAS optó por asumir una postura moderada, que dio lugar a que la crisis se saldara con una salida constitucional. Esto se tradujo en la obtención de mayor confianza de sectores de las clases medias urbanas, que si bien habían respaldado las protestas, desconfiaban de los sectores más radicales. Las encuestas informaban sobre el incremento de percepciones positivas respecto a la figura de Evo Morales, lo que luego se vio reflejado en las elecciones municipales de 2004, en las que el MAS fue el partido más votado del país (Mayorga, F., 2007).

El partido de Evo Morales tuvo la capacidad de elevar la mira hacia horizontes más lejanos, entendiendo que una salida revolucionaria podría dar frutos en el corto plazo, pero difícilmente le hubiera permitido llegar al gobierno con el respaldo popular y la consiguiente legitimidad con la que finalmente lo hizo. Desde el MAS se comprendió que una salida constitucional que lo tuviera como uno de sus principales artífices lo fortalecería políticamente de cara a las futuras elecciones. Esto fue lo que efectivamente sucedió en diciembre de 2005, cuando el MAS se convirtió en la fuerza política mayoritaria de Bolivia y a la que buena parte de la ciudadanía vio como la legítima portadora de las demandas que motivaron la ola de protestas ya referidas. El resultado emanado de las urnas fue contundente: Evo Morales obtuvo más de la mitad

de las preferencias del electorado<sup>16</sup>, lo que constituyó un hecho inédito en la Bolivia posdictatorial, ya que en ninguna de las elecciones celebradas desde 1982 un candidato había recibido semejante apoyo de la ciudadanía.

#### **Capítulo IV: Una mirada al liderazgo de Evo Morales y al gobierno del MAS desde las diversas interpretaciones del populismo.**

---

<sup>16</sup>El porcentaje exacto de votos obtenido por el MAS en la elección de 2005 fue de 53,74%, seguido por PODEMOS con 28,59% y en tercer lugar UN con 7,79%. El histórico MNR aparece recién en el cuarto lugar con un magro 6,47%.

Hasta el momento me he limitado a presentar las diversas interpretaciones existentes en torno al concepto de populismo y a describir sucintamente los principales sucesos del acontecer político en Bolivia durante las últimas décadas, con el propósito de entender las condiciones que dieron lugar al ascenso de Evo Morales a la titularidad del poder ejecutivo. A continuación nos abocaremos a la tarea central y más compleja de este trabajo, consistente en contrastar las diversas interpretaciones sobre el populismo con los datos objetivos del proceso político boliviano. Para dicho propósito, partiendo de la hipótesis de que las interpretaciones política y económica son las que menos se ajustarán al caso empírico que me atañe, comenzaré por considerarlas en primer lugar, para luego sí considerar las interpretaciones sociológica e ideológica-discursiva, las que preveo más ajustadas al caso boliviano

#### **4.1. Mirada desde la interpretación económica.**

Tal como ha sido señalado anteriormente, entiendo que esta interpretación está impregnada de una pesada carga ideológica y normativa. Además, las características a partir de las cuales se define si estamos o no ante un caso de populismo son de carácter puramente económico, lo que conduce a agrupar bajo el mismo rótulo movimientos políticos o gobiernos de naturaleza política muy distinta. Como lo que se pretende estudiar son procesos políticos más que económicos, esta interpretación parece no aportar demasiado a este trabajo. De todos modos, no está de más revisar algunos datos macroeconómicos del gobierno de Evo Morales que pueden ser ilustrativos respecto a si éste representaría o no un caso de populismo económico.

Recordemos que, según este enfoque, son gobiernos populistas aquellos que “ponen énfasis en el crecimiento y la distribución del ingreso restándole importancia a los riesgos asociados a la inflación, el déficit financiero, los constreñimientos internacionales y la reacción de los agentes económicos a las políticas agresivas hacia los mercados” (Dornbusch y Edwards, 1991: 9). Una primera mirada a la política económica del gobierno de Evo Morales nos conduce a pensar que estamos ante un caso de populismo según la interpretación propuesta por estos autores. Sin embargo, si miramos con atención los datos macroeconómicos, esta afirmación podría ser relativizada. Si observamos, por ejemplo, la evolución de la inflación, vemos que si

bien ésta llegó a picos de 17,8% según la medición interanual de julio de 2008 (Jhonston et al., 2009), la tónica general se aleja de ese nivel, ubicándose en la mayor parte del período 2006-2010 por debajo del 10% anual. Inclusive, según se entiende por parte de Jhonston et. al. (2009), la mayor parte del aumento de la inflación en los momentos en que ésta llegó a los picos mencionados se debió a factores externos y no domésticos. Por su parte, en lo respectivo a la política fiscal, si bien el gobierno del MAS llevó a cabo una política expansiva<sup>17</sup>, esto no redundó en una situación económica deficitaria, ya que el estado boliviano había recibido cuantiosos ingresos a partir de la nacionalización de los hidrocarburos. Por otro lado, esta política de nacionalizaciones que le permitió al Estado boliviano estar en una situación fiscal de relativa estabilidad podría ser entendida, parafraseando a Dornbusch y Edwards (1991) como una política “agresiva hacia los mercados”, lo que conduciría a afirmar que el gobierno del MAS sí es populistas. Sin embargo, aun aceptando esta idea, el dato sería sólo un indicador en medio de otros que expresarían lo contrario.

El carácter contradictorio de los indicadores macroeconómicos hace muy difícil dar una respuesta contundente respecto al carácter populista del gobierno de Evo Morales según esta perspectiva. Si bien cumple con buena parte de los requisitos necesarios para ser catalogado como tal, otros datos nos llevan a pensar precisamente lo contrario. Tal como ha sido mencionado en el párrafo anterior, las cuentas del estado boliviano parecen estar bastante ordenadas, y la inflación, si bien en ocasiones tuvo niveles superiores a los deseados por el gobierno, lejos está de suponer un problema de magnitud semejante al que representó en otros casos referidos por estos autores<sup>18</sup>.

Por otra parte, el caso boliviano aportaría evidencia respecto a que es posible llevar a cabo políticas económicas con cierto grado de heterodoxia sin que eso necesariamente se traduzca en un desorden de la economía doméstica. Esto queda demostrado de forma muy elocuente si realizamos una comparación entre la situación fiscal antes y después de la llegada de Evo Morales al Palacio Quemado. A partir de su asunción como presidente, la situación de las cuentas públicas mejorará notoriamente, quedando atrás un lustro de presupuestos deficitarios para cerrar entre 2006 y 2008

---

<sup>17</sup> El gobierno aumentó el gasto de 34% en 2005 a 45,1% en 2008 (Jhonston et. al, 2009)

<sup>18</sup> A modo de ejemplo puede mencionarse la primera presidencia de Alan García en Perú (1985-1990), durante la cual la inflación alcanzó niveles extraordinariamente altos, a tal punto que en 1988 y 1989 la inflación anual se ubicó en el 1722,3% y 2775,3% respectivamente.

tres años consecutivos de superávit fiscal (Johnston et al, 2009). Estos datos respaldan la afirmación de Lanzaro (2008: 25) respecto a que el gobierno de Evo Morales representa uno de “los exponentes actuales (...) –que- se postulan como alternativa al neoliberalismo, marcando una inflexión significativa, sin afiliarse a las inconductas que se atribuyen a la mentada ‘macroeconomía del populismo’”

Ahora es tiempo de ocuparse de la otra parte de la mirada económica, aquella que vincula el populismo al período de desarrollo del capitalismo en el que los estados latinoamericanos realizaron la transición del “Estado oligárquico” y el “crecimiento hacia fuera” hacia estados más inclusivos con proyectos socioeconómicos caracterizados por el intervencionismo estatal, impulso a la industrialización y apuesta al mercado internos (modelo ISI). Ésta, al igual que la interpretación sociológica, es una mirada fuertemente historicista, ya que asocia al populismo con un período particular de la historia latinoamericana, por lo que resulta obvio que si nos quedamos con su concepción original esta interpretación nos sirve de muy poco para estudiar el caso boliviano. Sin embargo, entiendo que es posible dejar a un lado el historicismo mencionado y quedarnos con algunas otras características que según esta interpretación son propias de los procesos populistas, para así poder observar que en el caso del proceso político boliviano son detectables algunas de estos rasgos.

Uno de los rasgos en común entre el proceso político boliviano y los populismos de mediados del siglo XX, es que en ambos casos se detecta la transición entre dos modelos de desarrollo. Si en el caso de los populismos clásicos el proyecto político y económico que estos representaban vino a sustituir al Estado oligárquico y la economía de base agroexportadora, en el caso boliviano el movimiento político liderado por Evo Morales se posiciona desde sus orígenes como una alternativa al binomio democracia pactada-neoliberalismo que se había impuesto como el proyecto político hegemónico a partir de mediados de la década del 80’ del siglo pasado. Una vez en el gobierno, Evo Morales llevó a cabo una serie de medidas de gobierno que abonan la idea de asemejar su gobierno con los de los viejos populistas. La nacionalización de los hidrocarburos y la retórica antiimperialista nos tientan a afirmar que el gobierno de Morales, mirado desde esta perspectiva, podría ser considerado una reedición de aquellos gobiernos populistas. Sin embargo, considero que una afirmación en tal sentido pecaría de reduccionista, por considerar que Evo Morales

conduce un gobierno populista por el mero hecho de haber tomado una serie de medidas que lo asemejan a gobernantes como Perón en Argentina o Getulio Vargas en Brasil. En ese caso estaríamos desestimando variables de tipo políticas que a mi entender son fundamentales a la hora de determinar cuán populista es un líder, un gobierno o un movimiento político.

#### **4.2. Mirada desde la interpretación política.**

De antemano parecería que esta perspectiva de análisis no se ajusta al gobierno de Evo Morales ni al movimiento político que él lidera, ya que la interpretación del neopopulismo nació a partir del surgimiento de gobiernos que llevaron a cabo políticas económicas de tipo neoliberal, pero implementando estrategias que los asemejaban a los populismos clásicos, característicos de mediados del siglo XX. Parece más que difícil emparentar a Evo Morales con Menem o Fujimori (considerados los líderes neopopulistas por antonomasia), ya que, si bien algunos autores consideran que Morales conduce un gobierno y un movimiento político de tipo populista, pocos se atreverían a afirmar que lo combina con una política económica de tipo neoliberal, tal como lo hicieron los mencionados ex presidentes de Argentina y Perú respectivamente.

Guiándome por las características que desde esta interpretación se le asignan al populismo, queda confirmada la improcedencia de considerar a Evo Morales como un líder neopopulista. En el esquema que presenta las diferentes perspectivas se establecía que los líderes neopopulistas conformaban una base de apoyo a partir de la implementación de programas sociales focalizados, lo que no ocurre en el caso de Evo Morales. Como se viera en anteriores secciones, la bases políticas que dan respaldo al proyecto del MAS no son producto de la implementación de programas sociales focalizados, sino de la acumulación política producida a partir de una larga lucha de resistencia a las políticas llevadas a cabo por los sucesivos gobiernos de la democracia pactada. Aquello que empezó con la movilización de los campesinos cultivadores de hoja coca para resistir a las políticas de erradicación de ese cultivo, se combinó luego con la lucha de las poblaciones originarias en busca de reafirmar su identidad, como así también con la resistencia en las ciudades a las políticas de privatización de

servicios públicos. En fin, lo que resulta evidente es que los apoyos políticos del MAS se construyeron desde la base misma y no a partir de políticas sociales focalizadas implementadas desde el gobierno.

Otra de las características asociadas al neopopulismo es la conformación de una relación política directa entre el líder y sus seguidores, lo que se traduce en un debilitamiento de los actores tradicionales de mediación y representación institucional. Considero que esto no ocurre en el caso de Evo Morales, pues si bien su irrupción en el escenario político boliviano está asociado con el debilitamiento de los partidos políticos tradicionales, su liderazgo se apoya en una red de organizaciones políticas que en conjunto conforman el MAS. En este sentido, Freidenberg (2007: 208) sostiene que “...el MAS (...) no ha sido creado como un partido carismático (...) su origen se encuentra fuera de este movimiento social y se transforma en la plataforma desde donde el movimiento indígena puede saltar a la política nacional. Esto es clave para comprender el liderazgo de Morales, que es más un liderazgo de situación que un liderazgo carismático, y se diferencia de todos los liderazgos populistas en el carácter mediado de su relación con los seguidores”. Aunque es innegable que Evo Morales tiene una enorme influencia en las posturas que adopta el MAS, a punto tal que Fernando Mayorga (2007: 122) sostiene que “las decisiones coyunturales y las definiciones tácticas del partido generalmente son resultado de su aprobación en reuniones de las organizaciones sindicales en las cuales las directrices de Evo Morales son determinantes”, también es cierto que para que el MAS acompañe sus decisiones, el presidente debe escuchar y negociar con el partido. De hecho, el mismo Fernando Mayorga (2007: 121-122) afirma que el origen del MAS “-vinculado al debate en el seno de la CSUTCB respecto a la creación de un instrumento político de los sindicatos campesinos y de los pueblos indígenas- muestra esa característica central de su momento fundacional porque las decisiones se asumen bajo pautas assembleístas de la tradición obrero-minera”. Se confirma, por consiguiente, que entre Evo Morales y sus seguidores se encuentra el MAS, que actúa como mediación entre ambos.

#### **4.3. Mirada desde la interpretación sociológica.**

Como se vio anteriormente, desde la perspectiva sociológica se vincula el populismo con un período específico de la historia latinoamericana, lo que podría conducirnos a pensar que es una interpretación no aplicable al estudio de fenómenos



contemporáneos. Sin embargo, considero que si dejamos de lado su historicismo, es una interpretación útil a los efectos del análisis que nos convoca, ya que algunas de las características del populismo señaladas desde este enfoque pueden observarse en la coyuntura política boliviana.

Si bien parece claro que lo relativo al vínculo entre populismo y modernización no cuaja en este esquema, entiendo que las categorías de “movilización” e “integración” sí podrían considerarse pertinentes a la hora de analizar la crisis social y política por la que atravesó la sociedad boliviana durante el primer lustro del corriente siglo. Recordemos que la “movilización” refería, según Germani, a la activación política de sectores de la sociedad que había permanecido pasivos, mientras la “integración” hacía referencia a un tipo particular de movilización, aquella en que los sectores recientemente movilizados se incorporaban a la política por medio de los canales de participación ofrecidos por la política institucional. Los fenómenos populistas surgían cuando la movilización no se traducía en integración, que es en buena medida lo que a mi entender sucedió en Bolivia entre los años 2000 y 2005, donde la institucionalidad democrática se vio absolutamente desbordada por la movilización en las calles.

Los sucesos sobre los que basamos esta afirmación son múltiples y variados. La Guerra del Agua y la Guerra del Gas, los más emblemáticos en este sentido, fueron episodios a partir de los cuales quedaron demostradas las enormes deficiencias de las instituciones políticas bolivianas para canalizar las demandas de importantes sectores de la sociedad. Parece bastante claro que quienes optaron por la movilización callejera consideraban que las instituciones a través de las cuales se suponía que los ciudadanos debían canalizar sus demandas no estaban funcionando de acuerdo a sus expectativas. Ante la ineficiencia de los canales institucionales, estos sectores decidieron expresar sus demandas de otro modo, y así se inició el ciclo de protestas y movilizaciones que derivó en el derrumbamiento del sistema de partidos que había dominado el escenario político desde 1985. La lógica pactista que caracterizó a la democracia boliviana durante esos años apartó de la toma de decisiones a buena parte de la sociedad, que no tuvo más remedio que buscar alternativas. La incorporación a las esferas de poder de los sectores históricamente excluidos de la toma de decisiones tiene una expresión muy clara en la figura del actual presidente de Bolivia. Coincidió con Gabriel Carrizo

(2009: 327) en que “la presencia de Evo Morales en el sillón presidencial constituye una revolución simbólica que trastoca el rol de sumisión que tenía reservado las mayorías indígenas”.

De lo descrito se desprende el motivo por el cual afirmo que en el proceso político que se viene describiendo son constatables algunos elementos que pueden llevarnos a calificarlo de populista según la perspectiva estructural-funcionalista. Conuerdo con Panizza (2008: 84) en que “la historia latinoamericana contemporánea ha demostrado que el populismo es un fenómeno recurrente y no simplemente un legado histórico de la segunda mitad del siglo XX”, por lo que considero que si nos apartamos del carácter historicista del que está impregnada la interpretación sociológica, puede decirse que esta corriente interpretativa es fructífera para el estudio de la coyuntura política boliviana de principios del siglo XXI, pues allí pueden encontrarse numerosas similitudes con los movimientos políticos liderados por Perón en Argentina, Vargas en Brasil y Cárdenas en México. Considero, por consiguiente, que el estructural-funcionalismo, fundamentalmente las categorías de “movilización” e “integración” propuestas por Germani, son sumamente pertinentes para interpretar fenómenos políticos contemporáneos, por lo que sería un desperdicio desde el punto de vista científico relegar su utilidad analítica al estudio de un período específico de la historia. Entiendo que estas categorías de análisis son aplicables no sólo al estudio del caso boliviano sino también al de otros países de la región en los cuales la política institucional se vio desbordada por la movilización en las calles.<sup>19</sup>

Otra de las características de los movimientos populistas mencionada en esta interpretación, es la asunción de gobiernos respaldados por movimientos políticos que profesan “las llamadas ideologías de la industrialización”, con una base política de sectores recientemente movilizados y en situación de disponibilidad. Relacionar esto con el proceso político boliviano parece ser una cuestión un tanto más compleja. Si bien es cierto que Evo Morales accedió a la presidencia respaldado por un movimiento político que cuestiona enérgicamente la política económica de los gobiernos que lo precedieron, lo que en buena medida lo asemeja a los populismos clásicos estudiados

---

<sup>19</sup> En esta categoría podrían entrar la Venezuela del “Caracazo” (1989), y Argentina y Ecuador de principios del siglo XXI. En todos los casos la movilización en las calles excedió ampliamente los canales institucionales previstos para canalizar las demandas de los ciudadanos, lo que derivó en profundos cambios políticos. ■

por Germani, es a mi entender un tanto arriesgado afirmar que el MAS y el abanico de movimientos sociales que respaldan a Evo Morales son organizaciones que profesan las “ideologías de la industrialización”, caracterizadas por el “nacionalismo, autoritarismo y una u otra forma de socialismo, colectivismo y/o capitalismo de Estado”.

Es claro que desde que el MAS accedió al gobierno la política económica ha asumido una impronta absolutamente diferente a la del neoliberalismo que caracterizó a los gobiernos de la democracia pactada, destacándose en ese sentido el impulso nacionalizador en áreas estratégicas como son los hidrocarburos. Sin embargo, la prédica nacionalista del MAS, algunas veces asumiendo tintes radicales, no siempre se traduce en acciones concretas, siendo la nacionalización de los hidrocarburos un buen ejemplo de ello. Lo que ocurrió en este caso, es lo que Mayorga (2007) describió como una “combinación de retórica radical con decisiones moderadas”, ya que el proceso de nacionalización se realizó mediante procedimientos plenamente legales, y si bien existieron momentos de tensión entre el gobierno boliviano y las empresas extranjeras encargadas de la explotación de los hidrocarburos, la situación se saldó sin grandes rupturas. Las empresas extranjeras siguen operando en suelo boliviano, pero bajo nuevas condiciones, entre las cuales se destaca una mayor participación del Estado en las ganancias provenientes del sector. Asimismo, la impronta nacionalista del discurso de Morales respecto a la política económica se combina con una visión indigenista, a partir de la cual la configuración de la comunidad política ya no es percibida como una nación, sino a partir de un conjunto de naciones interrelacionadas. Se observa, de este modo, que la prédica nacionalista de Evo Morales se diferencia de la de los populistas clásicos y hace que sea un tanto temerario vincularlo con el “nacionalismo, autoritarismo y una u otra forma de socialismo, colectivismo y/o capitalismo de Estado”. La originalidad del nacionalismo profesado por Evo Morales puede tener su explicación en las peculiaridades de la sociedad boliviana y las características del movimiento político en el que se apoya su liderazgo.

Por su parte, en lo que refiere al hecho de que la base política de los movimientos populistas estaba conformada por sectores recientemente movilizados y en situación de disponibilidad, considero que en el caso boliviano puede observarse algo de lo primero, pero poco de lo segundo. Parece evidente, tal como ha sido mencionado en

los párrafos precedentes, que el triunfo del MAS es producto del respaldo de los sectores de la sociedad que participaron del ciclo de protestas que comenzó con la Guerra del Agua, es decir, aquellos que optaron por una vía de participación política no institucional. Esto nos conduce a afirmar que la base política del partido de Evo Morales está conformada por sectores recientemente movilizados que no pudieron integrarse<sup>20</sup>. Por otro lado, en lo concerniente a la “situación de disponibilidad” de estos sectores, considero que la situación es un tanto distinta, ya que la mirada germaniana asocia la “disponibilidad de las masas” a “una verdadera situación anómica de estos grupos”. Según este enfoque, los sectores cuya activación política es reciente se encuentran en situación de vulnerabilidad respecto a la posibilidad de ser manipulados por una élite que procura generarles la ilusión de que son partícipes del proceso de toma de decisiones, cuando en realidad las decisiones siguen ajenas a ellos y permanecen en manos de las élites (Germani, 1968). El proceso político que derivó en la victoria del MAS y sus ya seis años de gobierno da cuenta, a mi entender, de una realidad diferente a lo que se acaba de describir. El liderazgo, en este caso, no parece ser producto de la manipulación de los sectores recientemente movilizados. De hecho, la procedencia de Evo Morales no se vincula a ninguna élite. Su trayectoria política se origina en la militancia sindical de base, es uno más de los tantos bolivianos que participaron de las protestas y movilizaciones contra las políticas emanadas del tándem democracia pactada-neoliberalismo. Por consiguiente, considero que su liderazgo no puede ser concebido como producto de la manipulación padecida por sectores en situación de disponibilidad, es decir, políticamente anómicos.

A este respecto se han pronunciado algunos autores. En el caso de Flavia Freidenberg (2007: 212), hay una toma de posición muy clara. La autora sostiene que Evo Morales “es un agente que representa a estos sectores pero estos últimos son autónomos de su liderazgo y su lealtad está condicionada fundamentalmente a la satisfacción de sus demandas a través de políticas sociales y económicas que redistribuyan la riqueza”. Una postura coincidente a la de Fredienberg expresa Carlos de la Torre (2009: 25), entendiendo que el liderazgo de Evo Morales se diferencia de los de Correa y Chávez en que si bien los gobiernos de estos últimos han “incorporado algunas demandas de los movimientos sociales, a diferencia del de Evo Morales, no se asientan en ellos”. Se

---

<sup>20</sup>Entiéndanse aquí los conceptos de “movilización” e “integración” según el significado que les otorga Gino Germani (1968) y que oportunamente fueron desarrollados.

desprende de esta cita, que para el autor las bases políticas del MAS tienen la capacidad de marcarle la agenda a su líder y de impugnar algunas de sus decisiones cuando éstas no son apoyadas por las bases, lo que se explica en el hecho de que “los sectores populares, sobre todo cuando están organizados como en Bolivia en redes con capacidad de movilización fuertes, hacen que la democracia plebiscitaria no venga sólo desde arriba” (De la Torre, 2009: 32).

Mi postura es coincidente a la que expresan los autores citados. Si bien entiendo que Evo Morales ejerce un fuerte liderazgo y tiene enorme incidencia en el proceso de toma de decisiones, no puede considerarse que la participación de sus bases sea una mera ilusión, y creo que algunos sucesos políticos recientes respaldan esta posición. Me refiero concretamente a dos medidas de gobierno que Evo Morales pretendió implementar, pero que tuvo que desactivar debido a las masivas y en algunos casos violentas manifestaciones de rechazo a las mismas. Las medidas en cuestión son el aumento de entre 57 y 83% de las gasolinas y el diesel, y la construcción de una carretera que atraviesa una reserva natural en la región amazónica. En ambos casos los sectores movilizados pertenecen a la base política que condujo a Evo Morales a la presidencia, lo que evidencia que éstas, o al menos una parte de las mismas, no son fácilmente manipulables y no están subordinadas a las decisiones del líder, sino que, por el contrario, conservan importantes niveles de autonomía respecto al presidente y son capaces de enfrentarlo cuando lo consideran necesario

Dirigiendo ahora la atención a la conformación de sociedades “presuntamente inestables” (una de las características de los populismos que incorporamos en nuestro cuadro dentro de la corriente interpretativa que denominamos sociológica) tiendo a pensar que algo de ello puede verse en el proceso político que nos convoca. Es importante tener en cuenta que esta característica fue incorporada al esquema analítico a influjo del trabajo de Huntington, lo que no puede pasar inadvertido, ya que el autor fue miembro del Consejo de Seguridad de la Casa Blanca, lo que significa que tuvo incidencia directa en la política exterior y de defensa del gobierno de Estados Unidos. Esto advierte que es muy probable encontrarse con una fuerte connotación ideológica y valorativa en sus posturas académicas. La “presunta inestabilidad” de las sociedades que se enfrentan a fenómenos populistas da cuenta de una situación análoga a la planteada por Germani (1968): sectores recientemente activados políticamente que no

encauzan su participación a través de los canales institucionales existentes. Ante esta situación, el populismo sería una solución alternativa a la revolución, ya que si bien representa una alteración del orden político, no implica su completa disolución.

Teniendo en cuenta afirmaciones sostenidas en páginas anteriores, referidas a la opción del MAS por sendas salidas institucionales en el marco de las coyunturas críticas a las que se enfrentó el sistema político ante las renuncias de Sánchez de Lozada en 2003 y Carlos Mesa en 2005, considero que algo de lo mencionado por Huntington se verifica en la coyuntura política boliviana. La grave crisis política y social, que se saldó con el derrumbe del sistema de partidos y una profunda reestructuración del escenario político en general, pero predominando siempre la legalidad y la institucionalidad, me conduce a pensar que la situación política de Bolivia podría ser caracterizada por este autor como “presuntamente inestable”. Esto significa que estamos ante un proceso político que produjo cambios profundos, pero sin llegar a configurarse situaciones revolucionarias. En otras palabras, podría decirse que Bolivia constituye, según esta perspectiva, un caso de populismo.

#### **4.4. Mirada desde la interpretación ideológico-discursiva.**

A continuación propongo dar lugar a una mirada del escenario político boliviano desde la interpretación que surge de los trabajos de Ernesto Laclau (1986, 2005, 2006). Anticipándome al desarrollo de esta sección, y planteándolo a modo de hipótesis, considero que esta es la corriente interpretativa desde la cual podrá desarrollarse un análisis más fructífero del caso que nos ocupa. Esto ocurre, porque a diferencia de los autores que componen las otras corrientes interpretativas, Laclau ha dedicado parte de su trabajo al estudio del proceso político boliviano<sup>21</sup>. Además, contrariamente a la interpretación sociológica, de la que se desprende que el populismo refiere a un fenómeno político asociado a un período histórico específico, la interpretación de Laclau propone que el populismo, en tanto “dimensión de ruptura con el estado de cosas actual que puede ser más o menos profunda según las coyunturas específicas” (2006: 57), no está asociado a ningún período histórico en

<sup>21</sup> En realidad, la experiencia política latinoamericana que ha recibido mayor atención por parte de Laclau es el chavismo (ver “La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana”, 2007), pero de todos modos dedicó algunos párrafos a la situación boliviana

particular. Por esta razón es que resulta válido y coherente que las categorías de Laclau sean utilizadas para el estudio de una gran variedad de fenómenos políticos. A modo de ejemplo puede hacerse mención al trabajo de Panizza (1990) respecto a la crisis del sistema político uruguayo de fines de la década del 60' y principios de la del 70' del pasado siglo, como también al propio Laclau (2007) y sus trabajos sobre el chavismo en Venezuela o el liderazgo de Evo Morales en Bolivia.

Abocándome de lleno al estudio del caso boliviano, considero que existen motivos suficientes para afirmar que lo ocurrido en Bolivia en el correr de la última década puede ser considerado un proceso en el que hay importantes dosis de populismo<sup>22</sup>. En primer lugar, haré mención a la cuestión de la conformación de la cadena equivalencial de demandas insatisfechas y su cristalización en un significativo vacío. Este fenómeno se percibe con suma claridad en el ciclo de protestas cuyo hito inaugural ubicamos en la Guerra del Agua y su momento de mayor expresión en la Guerra del Gas. Las consecuencias políticas más notorias de este proceso fueron la renuncia sucesiva de dos presidentes y la necesidad de convocar a elecciones anticipadas. Si bien ambas protestas tuvieron su origen en demandas puntuales, la movilización que se generó a partir de las mismas da cuenta de la presencia de algo que trascendía las demandas a partir de las cuales surgieron. Seguramente sea en la Guerra del Gas donde esto se vea con mayor nitidez. En este caso, lo relativo al gas fue el eje articulador de las protestas, pero no resulta improcedente sospechar que las protestas albergaban algo más que el mero rechazo a la política hidrocarburífera del gobierno. Fernando Mayorga (2007: 18) sostiene en este sentido que “la movilización social en contra de la exportación del gas planteaba un renovado debate en torno al papel del Estado en la economía (...), ponía en evidencia los resultados deficitarios de las reformas económicas implementadas desde 1985”. En el marco de estas movilizaciones también se exigía la instrumentación del recurso del referéndum como forma de tomar decisiones políticas, lo que nos da la pauta de que las protestas no demandaban simplemente una nueva forma de relación entre Estado y mercado sino también nuevas formas de participación política. La identificación de estas dos demandas en el marco del ciclo de protestas conduce a pensar que las mismas no respondieron a un único motivo sino que fueron producto de la conjunción de una

---

<sup>22</sup> Evito decir que representa un caso de populismo y opto por el vocablo “dosis” porque el propio Laclau (2006) sostiene que el populismo no debe ser entendido como una variable dicotómica, sino en términos de continuo.

serie de factores, lo que podría ser interpretado como la conformación de la mencionada “cadena equivalencial de demandas insatisfechas”, por lo que habrían estado dadas las condiciones para la aparición del momento populista de la política.

Respecto a lo antedicho, Panizza (2007: 88) sostiene que “articulando la oposición contra el neoliberalismo, contra la intervención extranjera y por el control y la expropiación de los recursos naturales, junto con la conciencia de la exclusión histórica de los indígenas, el MAS construyó una frontera entre el pueblo y el sistema político”. En la misma línea se pronuncia Freidenberg (2007: 205) al afirmar que “la búsqueda de canales que canalizaran los intereses de los sectores campesinos (...); los sectores gremiales urbanos (...) y la incorporación de los grupos que exigían la representación de la lucha identitaria indígena contribuyeron a la formación de un movimiento social (...) que serviría de sustento social y de movilización al liderazgo de Evo Morales”. La articulación de diversas demandas e intereses mencionada por los autores citados da cuenta del proceso de formación de la cadena equivalencial de demandas insatisfechas, que necesita para consolidar su formación la presencia de un “significante vacío” en el cual condensar el conjunto de demandas insatisfechas. En el caso boliviano el significativo vacío puede haber sido la convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente, consigna repetida con insistencia durante la Guerra del Gas.

Constituida la cadena equivalencial entra en escena la figura de un líder que interpela a los sectores movilizados, comenzando a tomar forma el “pueblo” como actor histórico. Esto es lo que efectivamente sucedió en Bolivia en el período en cuestión, cuando la figura de Evo Morales se consolidó como el líder indiscutido de los sectores cuya movilización, derribando dos presidentes, acabó con la combinación de democracia representativa y neoliberalismo que había dado sustento al proyecto político que se había impuesto como hegemónico durante las dos décadas anteriores. La emergencia de un liderazgo y la conformación del “pueblo” como actor histórico constituyen dos de las características mencionadas por Laclau como propias del momento populista. En ambos casos son elementos que están presentes en el proceso político boliviano.

La otra cara de la moneda de la constitución del “pueblo” es la presencia del “otro”, lo antagónico, las expresiones políticas que representan al enemigo del pueblo. La



“dicotomización del espacio político” se constata en más de un episodio, tanto en el camino de Evo Morales a la presidencia, como en el ejercicio de la misma. El discurso electoral del presidente boliviano se caracterizó por marcar el antagonismo “pueblo”-“no pueblo” en varias formas, entre las cuales puede mencionarse el enfrentamiento entre los privatizadores de los recursos naturales y sus defensores, la resistencia de los cultivadores de hoja de coca contra la injerencia estadounidense, o la reivindicación de la identidad indígena contra 500 años de colonialismo y exclusión económica, política y cultural (Harten, 2007; citado por Panizza, 2008). Otra oportunidad en que esto se evidenció es un episodio al que hace referencia De la Torre (2009: 31), cuando en el marco de “...confrontaciones con el Poder Judicial Morales invocó al pueblo como el depositario de la democracia con estas palabras: `dicen que nuestros decretos supremos son inconstitucionales, que lo juzgue el pueblo y de esta manera continuaremos identificando a los enemigos que no quieren el cambio.’”

Estos son sólo algunos ejemplos a partir de los cuales queda de manifiesto el propósito de Evo Morales de presentar un escenario dicotómico, a partir del cual los ciudadanos se ven forzados a optar por uno de los dos polos en disputa. El análisis desde la perspectiva propuesta por Laclau muestra que en el proceso político boliviano encontramos cada una de las características que el autor asocia al momento populista de la política, lo que conduce a afirmar que en Bolivia hubo y hay importantes grados de populismo.

## **Capítulo V: Conclusiones.**

En este capítulo final se procurará reunir la evidencia y las reflexiones surgidas del análisis precedente para poder dar cumplimiento al objetivo que guió la realización de este trabajo: evaluar en qué medida y en qué sentido el proceso político acontecido en Bolivia en torno a la figura de Morales puede ser catalogado como de carácter populista.

En primer lugar debe hacerse mención al carácter polisémico del concepto “populismo”. Se trata de un término revestido de una enorme complejidad, en torno al cuál se han formulado las más diversas teorías y afirmaciones. A los efectos de un análisis empírico, su uso indiscriminado no hace más que profundizar los inconvenientes relativos a un tema que ya es de por sí complejo. Por este motivo sugiero, tal como he intentado hacer en estas páginas, que en todo trabajo académico en que se haga referencia a la condición de populista de un líder, un partido político o un gobierno, se establezca con exactitud desde qué perspectiva se realiza dicha afirmación. De lo contrario, se estaría yendo en dirección opuesta a la pretendida: en vez de utilizar el populismo como una categoría analítica que ayude a interpretar y comprender fenómenos políticos considerados de interés académico, su utilización obstaculizaría aún más la comprensión cabal del fenómeno que se estudia. Renunciar, en términos de Sartori (1994), al estiramiento del término, y acotar su significación lo más posible es una tarea ineludible si se pretende hacer un uso heurístico del concepto de populismo.

Esto se observa perfectamente en el caso que nos hemos propuesto estudiar. ¿Puede darse una respuesta contundente a la pregunta respecto a la condición de populista de Evo Morales y su gobierno? La respuesta es no. Para decir si Evo Morales representa o no un caso de populismo es necesario exponer las diversas interpretaciones existentes en torno a este concepto, para luego aventurarnos a dar una respuesta, pero siempre especificando desde qué perspectiva lo hacemos.

En dicha dirección, sintetizaré a continuación el análisis del caso boliviano según cada una de las perspectivas planteadas. Puede establecerse que según la interpretación que hemos denominado ideológico-discursiva, Evo Morales es un líder con alto grado de populismo, ya que cumple con cada una de las condiciones mencionadas por Laclau. Es importante señalar que desde este enfoque el populismo está exento de toda carga peyorativa, incluso se constata que Laclau evalúa en algunos casos positivamente este tipo de procesos, porque permiten que importantes sectores de la sociedad que antes estaban excluidos, puedan incorporarse al ágora, es decir, a la discusión política y al proceso de toma de decisiones.

Las últimas líneas dan pie a la mención de las categorías germanianas de “movilización” e “integración”. Según el planteo de Germani (1968), el populismo irrumpe en aquellas sociedades que en el marco del proceso de modernización no son capaces de traducir la “movilización” en “integración”. Dejando a un lado el marcado historicismo del que está impregnada esta interpretación, entiendo que el proceso político que se vive en Bolivia desde el año 2000 puede ser calificado de populista. “Movilización” e “integración” son categorías perfectamente aplicables al fenómeno político a cuyo estudio se dedicó este trabajo, motivo por el cual considero pertinente retomarlos para trabajar con fenómenos políticos contemporáneos. También puede ser considerado un caso de populismo según el planteo de Huntington (1968), ya que la Bolivia de la década del 2000 podría ser interpretada como una “sociedad presuntamente inestable”, es decir, que enfrentada a una situación de aguda crisis social y política procesó grandes cambios, que si bien pueden ser considerados dramáticos, no lo fueron en grado suficiente como para constituirse en una revolución.

Sin embargo, otras de las características que los autores de la interpretación sociológica identifican con el populismo, no se encuentran en el caso boliviano. En este sentido, puede mencionarse la “disponibilidad” de las masas movilizadas y la presencia de una élite que sufre “incongruencia de status”, que combinándose entre sí conforman la “coalición populista”.

En lo que refiere al enfoque que identifica al populismo con un período específico de desarrollo capitalista en América Latina (concretamente al período en el que se implementó el modelo ISI, que en el aspecto político se reflejó en la transición de un Estado oligárquico a uno más integrador), entiendo que el caso boliviano podría ser considerado una reedición de estos procesos, por lo que le cabría el mote de populista. Esto siempre y cuando se deje de lado el carácter historicista de este enfoque, tal como se realizó con la perspectiva planteada por Germani

Por su parte, en lo que concierne a la perspectiva de la macroeconomía del populismo, hay poco para aportar respecto al caso que nos convoca. En primer lugar, porque tal como ha sido mencionado, esta es una interpretación impregnada de una pesada carga ideológica y normativa, por lo que resulta muy poco esclarecedora respecto a la naturaleza de los fenómenos políticos a los que se refiere. Incluso si la consideráramos

como una interpretación válida, el gobierno del MAS no se ajustaría a esta categoría de populismo, ya que ha mantenido las cuentas públicas ordenadas y la inflación en niveles aceptables.

Finalmente, en lo que respecta a la interpretación política del populismo (neopopulismo), es decir, aquella surgida a partir del estudio de gobiernos que implementaron políticas económicas neoliberales, a la vez que desarrollaron una relación sin intermediarios con sus seguidores al estilo de los populistas clásicos, considero que no es aplicable al liderazgo y gobierno de Evo Morales. En primer lugar por algo que es sumamente evidente: su gobierno poco tiene que ver en materia de política económica con los de Ménem y Fujimori, considerados la quintaesencia del neopopulismo. En segundo lugar, porque la relación entre Evo Morales y sus bases no puede ser considerada una relación directa, sin intermediarios. Tal como se vio oportunamente, entre el líder y sus seguidores median una serie de organizaciones sociales y políticas que en conjunto conforman el MAS.

De lo antedicho se desprende, que si bien algunas de las categorías aplicadas en este trabajo resultan útiles para comprender e interpretar el proceso político boliviano, parece necesario construir nuevas categorías de análisis, de modo de alcanzar un análisis más completo y enriquecedor. Es importante tener en cuenta que el gobierno de Evo Morales, así como otros gobiernos de la región, representa una gran novedad, por lo que, si bien el concepto de populismo puede ser útil a los efectos de su estudio, considero necesario trabajar más sobre este término, de modo de adecuarlo a los nuevos desafíos que se le presentan.

Por otra parte, admitiendo el alcance limitado de este estudio, que en ningún sentido ha pretendido ser exhaustivo ni concluyente, se reconocen posibles líneas de investigación cuya incorporación a la agenda de la academia puede resultar interesante. Una de ellas es la vinculada a la relación del populismo con la democracia, cuestión que si bien ha sido trabajada<sup>23</sup>, permanece aún irresuelta. Por lo general, el populismo se asocia a un deterioro de la democracia, al menos en lo que respecta a su cara instrumental. Si bien es innegable que muchas veces las formas pueden ser cuestionadas en cuanto al respeto a la institucionalidad democrática,

---

<sup>23</sup> Ver Lanzaro (2008) y De la Torre (2009)

también es cierto que los gobiernos y movimientos políticos que normalmente son catalogados de populistas por sus adversarios, llegaron al poder ocupando el lugar dejado vacante por gobiernos que padecieron un enorme deterioro de su legitimidad, a tal punto que en muchos casos tuvieron que abandonar sus cargos antes de los tiempos previstos por la constitución debido a masivas y violentas protestas de los ciudadanos. Además, si nos remitimos a las interpretaciones de Laclau, Germani y los autores marxistas y de la teoría de la dependencia, se deduce que el populismo ha representado un factor de integración a la vida política de sectores que habían permanecido al margen de la misma.<sup>24</sup> De este modo quedarían al menos relativizadas las miradas que asocian el populismo con un debilitamiento de la democracia.

## **Bibliografía**

Archondo, Rafael (2007). La Ruta de Evo Morales. *Nueva Sociedad*. 209, 82-99

Calderón, Fernando y Szmukler, Alicia (2000). *La política en las calles. Política, urbanización y desarrollo*. La Paz: Plural

Calderón, Fernando y Gamarra, Eduardo (2003). Crisis, inflexión y reforma del sistema de partidos en Bolivia. *Colombia internacional*. 058, 90-122.

<sup>24</sup> A pesar de ello, en el caso particular de Germani siempre primó una mirada muy crítica de los regímenes nacional-populares

Cardoso, Fernando H. y Faletto, Enzo D. (1969) *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México DF: Siglo XXI.

Carrizo, Gabriel (2009). Ruptura populista y política en América Latina. Bolivia en tiempos de Evo Morales. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. 2, 317-332.

De la Torre, Carlos (2009). Populismo Radical y Democracia en los Andes. *Journal of Democracy en Español*. 1, 24-37.

Di Tella, Torcuato S. (1970). *Hacia una política latinoamericana*. Montevideo: ARCA.

Dornbusch, Rudiger y Edwards, Sebastian (1991). *The Macroeconomics of Populism*. En Dornbusch, Rudiger y Edwards, Sebastian (Comps.), *The Macroeconomics of Populism in Latin America*. Chicago: The University of Chicago Press.

Drake, Paul (1982). *Conclusion: Requiem for Populism?* En Conniff, Michael (Comp.), *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque: University of New México Press

Dresser, Dense (1991). *Neopopulist Solutions to Neoliberal Problems*. Mexico's National Solidarity Program. San Diego: Universidad de California, Center for US-Mexican Studies.

Freidenberg, Flavia (2007). *La tentación populista. Una vía para el poder en América Latina*. Madrid: Síntesis.

Germani, Gino (1968). *Política y Sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós

Huntington, Samuel P. (1968). *El orden político en las sociedades en cambio*. Buenos Aires: Paidós

Ianni, Octavio (1984). *La formación del Estado Populista en América Latina*. México DF: Era

Jhonston, Jake; Ray, Rebecca y Weisbrot, Mark (2009). *Bolivia: la economía bajo el gobierno de Evo Morales*. Recuperado el 10 de febrero de 2012 en: <http://www.rebellion.org/docs/98038.pdf>

Laclau, Ernesto (1986). *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid: Siglo XXI.

Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires.

Laclau, Ernesto (2006). La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana. *Revista de la CEPAL*. 89, 56-61.

Lanzaro, Jorge (2008). *La "tercera ola" de las izquierdas latinoamericanas: entre el populismo y la social-democracia*. Recuperado el 20 de agosto de 2011: [http://portal.uam.es/portal/page/portal/UAM\\_ORGANIZATIVO/Departamentos/CienciaPoliticaRelacionesInternacionales/publicaciones%20en%20red/working\\_papers/Lanzaro%20WP%2091\\_2008.pdf](http://portal.uam.es/portal/page/portal/UAM_ORGANIZATIVO/Departamentos/CienciaPoliticaRelacionesInternacionales/publicaciones%20en%20red/working_papers/Lanzaro%20WP%2091_2008.pdf)

Mackinnon, María Moira y Petrone, Mario Alberto (1999). *Los complejos de la Cenicienta*. En Mackinnon, María Moria y Patrone, Mario Alberto (Comps.), *Populismo y Neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*. Buenos Aires: Eudeba.

Mayorga, Fernando (2007). *Encrucijadas. Ensayos sobre democracia y reforma estatal en Bolivia*. La Paz: Gente Común.

Mayorga, René Antonio (2001). *Presidencialismo parlamentarizado y gobiernos de coalición en Bolivia*. En Lanzaro, Jorge (Coord.). Tipos de Presidencialismo y Coaliciones Políticas en América Latina. Recuperado el 20 de enero de 2012: [http://books.google.com.uy/books/about/Tipos\\_de\\_presidencialismo\\_y\\_coaliciones.html?id=74iIAAAAMAAJ&redir\\_esc=y](http://books.google.com.uy/books/about/Tipos_de_presidencialismo_y_coaliciones.html?id=74iIAAAAMAAJ&redir_esc=y)

Mayorga, René Antonio (2004). La crisis del sistema de partidos políticos en Bolivia: causas y consecuencias. *Cuadernos del CENDES*. 057, 83-114.

O' Donnell, Guillermo (1972). *Modernización y autoritarismo*. Buenos Aires: Paidós.

Panizza, Francisco (1990). *Uruguay: Batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista*. Montevideo: Banda Oriental.

Panizza, Francisco (2008). Fisuras entre Populismo y Democracia en América Latina. *Stockolm Review of Latin American Studies*. 3, 81-93.

Roberts, Kenneth M., (1999). *El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano*. En Mackinnon, María Moria y Petrone, Mario Alberto (Comps.), Populismo y Neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta.

Sartori, Giovanni (1994). *Comparación y método comparativo*. En Morlino, Leonardo y Sartori Giovanni (Eds.), La comparación en las ciencias sociales. Madrid: Alianza.

Sartori, Giovanni (1992). *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid: Alianza

Solari, Aldo (1976). *Teoría, acción y desarrollo en América Latina*. México DF: Siglo XXI

Viguera, Aníbal (1993). "Populismo" y "neopopulismo" en América Latina. *Revista Mexicana de sociología*, 3, 49-66.



Weyland, Kurt (2001). Clarifying a Contested Concept: Populism in the Study of Latin American Politics. *Comparative Politics*, 34, 1, 1-24.